

# EL MOTÍN



Año XXXII.

Madrid, lunes 17 de Octubre de 1912.

Núm. 42.

## ALMANAQUE

## DEL CARLISMO

Para los años 1913 á 1999, por

## -EL MOTÍN-

Dedicado al obispo de Barcelona

Don Juan Laguarda

— Ilustrado con dieciocho grabados —

:: UNA PESETA ::

Se ha puesto á la venta. A los suscriptores se les dará por 75 céntimos.—Al que envíe una peseta se le enviará certificado.

Uno de los trabajos que lleva en el primer pliego, es el siguiente:

### Contento de mí

Poco escribiré ya. Los años, si no me abruman todavía, pasan muy rápidos á la edad que tengo, y cuando menos lo piense desaparecerá mi *Yo* material, si bien continuaré por algún tiempo viviendo en la memoria de los que hayan leído algo de lo que he escrito.

Y me digo orgulosamente al acercarse el fin de mi vida: *He hecho mi labor*. Y la he hecho, si no como hubiera deseado, como he podido, dadas las circunstancias que me rodearon y la situación de España al comenzarla.

Porque he aquí cómo la he hecho: Cuando los hombres de 1868 se hubieron destrozado mutuamente por no atreverse, lo mismo republicanos que

monárquicos, á romper valientemente con el pasado religioso y el pasado económico, sin lo cual no hay revolución posible, y la Iglesia y el Capital alzaron nuevamente el trono caído sobre las ruinas de aquel gran movimiento malogrado, callaron todos los hombres que por su historia, su autoridad ó su talento tenían el deber de hablar. Ni una sola voz prestigiosa dió la de alerta! para advertir á España que la Iglesia reparaba aceleradamente los pequeños desconchados que en sus muros había producido el flujo ataque revolucionario.

Y en aquellos instantes de vacilación en unos, de cobardía en otros; cuando humeaba aún la sangre vertida por el carlismo impulsado á la guerra por el clero; cuando no se habían apagado los ecos de las descargas de los fusilamientos en masa, llevados á cabo en Estella, Ceraquí, Enderlaza, Ripoll, San Juan de las Abadesas, L'layes, Cardedeu, Berga, Olot, Bchi, Abarzuza y cien puntos más; ni estaban secos de lágrimas los ojos de las madres, las hijas y esposas de las víctimas, ni desvanecido del todo el humo de los incendios, yo, arrastrado por la indignación que

aquel conjunto inenarrable de horrores y crímenes me produjo, ofrecíme á mi mismo trabajar cuanto pudiese para que no se repitieran. Y de que lo he cumplido, ahí está diciéndolo mi labor de treinta y seis años, consagrada casi exclusivamente á combatir al clericalismo y á cuantos por iniferentes, medrosos ó menguados han consentido que crezca y se desarrolle hasta apoderarse casi completamente de España.

Por hacer esa labor, he renunciado á todo lo que por mis condiciones podía haber conseguido: fortuna, poder, honores; cuanto alcanzaron tantos nombres inferiores á mi; con la ventaja de que yo no hubiera tenido que tomarme para conseguirlo otra molestia que la de aceptarlo.

Y más aún: por hacer esa labor, no he alcanzado hasta hace poco entre los míos

la consideración que merecía, y he perdido en resolver mezquindades de la vida mucho tiempo del que debí haber aplicado á defender la Libertad.

Pero á pesar de esto, ó precisamente por esto quizá, estoy tan satisfecho de mí y de mi obra, que veo acercarse mi última hora con una placidez de espíritu que seguramente no disfruta ninguno de los que creen ir al cielo al morir: felicidad que atribuyo al convencimiento íntimo que tengo de que he hecho cuanto he podido para evitar la tercera guerra civil á mi patria querida, tanto más querida cuanto más desventurada, y de la cual reniego alguna vez sin dejar nunca de envanecerme de haber nacido en ella; patria en cuyo espléndido resurgimiento confío; patria, en fin, que me arranca á menudo esta exclamación: «Si no fuese español, desearía serlo.»

Pero no carlista.

Los carlistas son los *apaches* de España.

### La lámina de hoy

El día 28 de Mayo de 1837 llegó al campamento carlista Joaquina Foz, mujer de Miguel Tejedor, bagajero que iba en uno de sus batallones, con objeto de llevar á su marido una camisa; y sólo por ser hermana del sargento D. Domingo Foz, de Bceite, y á pesar de estar embarazada de siete meses, la fusiló Cabrera en el campo. (*Historia de la última guerra de Aragón y Valencia*, folio 27, línea 16, tomo II).

En estos breves renglones está inspirada la lámina de este número.

Nada tan horrible ni tan infame, es decir, nada tan *carlista* como ese hecho.

Por algo dicen los de ahora que su partido se compuso siempre de *guerreros y santos*.

Si guerrear es fusilar á los prisioneros, y á mujeres y á niños, y la santidad se alcanza robando, asesinando, incendiando y violando, no debemos tener inconveniente ninguno en darles la razón.

### En la brecha otra vez

Me recuerdan algunos amigos que ya cumplí la condena que me impuse, y que debo volver á hablar de política republicana.

No les agradezco mucho el recuerdo, por que, á decir verdad, no sé como tomar la embocadura para que mi voz no se pierda entre la gritería furiosa de de-



nuestros, insultos é injurias que fraternalmente nos lanzamos; mas puesto que no hay otro remedio, invoco fervorosamente al Dios que adoran los que se dedican á desecar pantanos ó limpiar pozos negros, y reanudo mi enojosa tarea, por si da la casualidad que pueda contribuir, aunque sea en parte mínima, á purificar el ambiente viciado que respiramos hace tiempo.

### Amagar y no dar

Cuando comencé á cumplir mi condena, se preparaban los primates (nuestro partido se compone de primates y primos, con algunos tíos de propina) á hacer una campaña enérgica por provincias, para levantar el espíritu nacional, diciéndole al Pueblo lo que no se acordaron de decirle al gobierno en el Congreso acerca de las fechorías que en política, administración y guerra comete.

Al recobrar mi libertad... de acción, he preguntado lo que habían hecho este verano, y se me ha contestado que nada, lo cual que no me ha extrañado. Hace mucho calor en el estío, calor que, unido al de sus corazones revolucionariamente incandescentes, los hubiera puesto á la temperatura del frito. Y ellos tienen el deber patriótico de conservarse, para traernos la República en el plazo breve que han ofrecido.

Ahora han pronosticado que van á hacer en el Congreso campaña viva. Me parece muy bien, pero les ruego que no se acaloren demasiado. No se pertenecen á sí mismos, sino al Pueblo que tanto aman y al que no tienen derecho á dejar huérfano de eminencias revolucionarias.

Encolericense, pero encolericense con calma. Nunca la ira, por justa que sea, consiguió los triunfos que la templanza.

### Hoy como ayer

Escribió Edmundo About una novela muy ingeniosa y muy filosófica, titulada *La oreja rota*. El protagonista, que muere aparentemente en tiempos de Napoleón I, vuelve á la vida en los de Napoleón III, y se sorprende de la transformación completa que encuentra en todo: en ideas, en procedimientos, en costumbres... y no pudiendo respirar en aquel ambiente, extraño para él, decide morirse de verdad y para siempre.

No me ha pasado esto á mí, no, al volver á la vida de la política republicana después de cumplir los dos meses y un día de arresto que me impuse, para ver si en ese tiempo variaban de rumbo los hombres que la dirigen. Todo lo encuentro igual que lo dejé. ¿Igual digo? No; mucho peor: la cachetina que se han administrado recientemente en el ayuntamiento de Barcelona los concejales republicanos, es un número que hasta ahora no se había dado en el programa de nuestras discordias. Y no fué lo peor la cachetina, sino la causa que la determinó: se trataba de rendir cuentas de lo gastado en la campaña sanitaria de 1911.

En lo demás no ha habido variación

alguna. Melquiadistas contra lerrouxistas; disidentes del lerrouxismo contra los ortodoxos; la Conjunción contra todos; á tal punto, que me río yo de aquello del Quijote en la venta: *Y así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta prisa que no se daban punto de reposo.*

### Del mal el menos

Y menos mal que á pesar de esto, todos y cada uno aseguran que están trabajando denodadamente por traernos la República un día de éstos, para que España disfrute al fin de un gobierno que le garantice la paz y tranquilidad de que tan necesitada se halla, y el reinado de la fraternidad comience.

Y hasta hay algunos, los más optimistas, ó mejor enterados, que afirman que estará implantada muy pronto, antes de quinientos años, gracias á la marcha acertada que seguimos; afirmación consoladora que acrecienta nuestras esperanzas, y sin la cual sería cosa de ir pensando en imitar al protagonista de *La Oreja rota*.

¡Pero cualquiera piensa en morirse estando ya tan cerca el cumplimiento de las profecías!

Yo, al menos, procuraré no desaparecer de este planeta hasta que ese plazo llegue. Ha sido tan larga y accidentada la travesía por el mar de la esperanza, que me dolería en el alma naufragar en el puerto, ó morir, como Moisés, á la vista de la tierra de promisión.

### Ley inmutable

¡Qué error el de los que niegan el progreso! Si yo alguna vez hubiera en él incurrido, ahora tendría que rectificar mi juicio.

Allá en los comienzos de EL MOTIN di en atacar á los jefes republicanos porque no se unían, y era de ver la extrañeza que causaba á muchos lo que llamaban mis excesos de lenguaje.

Hoy repaso aquellos escritos, y me sonrío al ver los ñoños y anodinos que eran, y lo injustamente que se me censuraba; ni un miserable, ni un canalla, ni un ladrón, ni ninguna otra palabra equivalente se encontraba en ellos.

¡Qué diferencia con los que hoy se publican y en los que esos calificativos suelen ser á veces los menos duros que los republicanos se aplican mutuamente!

No, no; tenemos que rendirnos á la evidencia: la ley del progreso es inmutable, y se cumple aun á despecho de la conveniencia y la justicia. Hay que vivir mucho, para ver mucho.

### Morir á tiempo

No obstante lo que acabo de decir, considero una desdicha vivir mucho. Feliz el hombre que sabe morir á tiempo.

He hablado alguna vez de la desgracia que hubiera sido para D. Juan Tenorio casarse con D.<sup>a</sup> Inés, tener cinco ó seis

hijos, y salir con ella, ya fondona y fané, á pasear á los dos más pequeños por las afueras de Sevilla para que respirasen aire puro, según aconsejan los higienistas, regresando después malhumorados todos, él tosiendo, ella gruñendo y los chiquillos deseando llegar á casa para tomar un piscolabis.

¡Adiós decimas de

¿No es verdad, paloma mía, que están respirando amor?

¡Adiós gallarfas de lenguaje, al aparecerse ella radiante de luz y vida espiritual en el cementerio!

¡Adiós, en fin, todo lo que colocaba un nimbo de gloria en la frente del ser divinizado por el amor!

Un: «dame el brazo, Juan, que no me deja andar este dolor de estómago,» le hubiera hecho á él renegar cien veces del cura que los casó.

Así yo, si hubiera sabido morir á tiempo, habría desaparecido creyéndome un terrible aplicador de frases enérgicas; mientras que hoy, al oír las palabrotas que á diario se lanzan unos á otros mis queridos correligionarios, exclamo con tristeza:

«¡Qué comedido y qué respetuoso he sido siempre! ¡Reputación más usurpada que la mía!...»

### Comparación fúnebre

Oigo decir que todas estas divergencias entre nosotros, estas divisiones, estos insultos, estas agresiones, deben alegrarnos en vez de entristecernos, porque son prueba de la vitalidad del partido, que se desborda por falta de cauce proporcionado al torrente de su grandeza.

Y yo lo creería, si no recordara que cuando un cadáver comienza á descomponerse, se llena de gusanos que bullen y se agitan. Nadie puede negar que la vida existe allí; la de los gusanos, claro es; pero es vida que se mantiene á costa del cadáver, bien así como la de los partidos republicanos se mantiene á costa de la República.

### Resumiendo

Continuaré en números sucesivos ocupándome en tono sosegado y estilo placido de las cosas inexplicables, tremendas, y tan fácilmente remediables que se suceden sin interrupción en nuestro partido.

JOSE NAKENS

### Esterilidad de la acción parlamentaria

Se ha excitado á los diputados de la minoría de la Conjunción Republicano-Socialista á que realicen en las Cortes una campaña de oposición irreductible al Gobierno y al régimen; una campaña de todos los días y de todos los momentos, implacable, ruda, tenaz, hasta llegar á la obstrucción y al retraimiento si las circunstancias lo aconsejan.

Si por lo que los diputados de la Con-



junción digan y hagan en las Cortes han de hundirse el Gobierno y el régimen, hay Canalejas y monarquía para muchísimo tiempo.

Algo de provecho pueden hacer en el Congreso los diputados conjuncionistas; pero la labor más importante, la verdaderamente trascendental, han de realizarla fuera de aquél ambiente de convencionalismos, de falsedades, de farsa y de mentira.

Rara vez los escándalos parlamentarios, las tempestades desencadenadas en el Salón de Sesiones, trascienden fuera de aquel recinto que tanto tiene de teatro. Los efectos de esas terribles tormentas mueren en los pasillos y en el Salón de Conferencias.

¿Van á descubrir ahora los diputados conjuncionistas que España se muere víctima de este régimen? ¿Van á revelar que Canalejas no es demócrata, ni liberal, ni hombre de Gobierno, ni político serio, y que es un caso patológico inconfundible, típico?

El pueblo español lo sabe porque él es quien sufre las consecuencias.

¡Hablar!, ¡discutir!, ¡acusar!, ¡desenmascarar! No, no es eso lo que las circunstancias reclaman, todo eso está hecho, sino la acción.

¿Es que pedimos el retraimiento, la abstención? No; la abstención y el retraimiento pueden conducir al ridículo, y el ridículo es la muerte. Lo que pedimos es que no se fie á la labor parlamentaria lo que no puede ser resultado de esa labor.

Después del debate sobre la represión maurista vinieron los procesos de Cullera, y el debate acerca de los procesos de Cullera con el mismo resultado estéril.

Después del incontestado discurso de Melquíades Álvarez desenmascarando á Canalejas, Canalejas ha continuado en su puesto, traicionando todos los días su propia historia y escarneciendo sus propias promesas.

Tempestades en un vaso de agua son las tempestades parlamentarias. Mucho ruido y pocas nueces.

En aquellas famosas Cortes, calificadas de *Irón de tercera*, que precedieron á la tormenta de 1868, no hubo ruido ni hubo escándalo. Fueron aquellas Cortes una balsa de aceite.

*El Mercantil Valenciano.*

## Laguarda, socializando

Por lo visto la campaña del dominico Gerard en pro de la acción socialista no fué un acto aislado. A renglón seguido ha venido el escándalo del obispo de Barcelona que, con los requetés y con su *Correo Catalán* se puso al lado de los huelguistas.

Y como quiera que no debemos presumir que esto sea una diatriba clerical mientras no nos conste lo contrario, á estas horas debemos suponer que obis-

pos, carcas y frailes habrán ajustado su conducta á esta su nueva conciencia.

Y en este sentido, los trabajadores ocupados en obras de conversiones é iglesias, habrán recibido ya la noticia del aumento del salario y la reducción de horas de trabajo, con más las jubilaciones y los otros gajes que con justicia reclaman.

Los primeros en beneficiarse de esta conversión del clero al socialismo, habrán sido los empleados de las iglesias, como son sacristanes, monagos, perrieros, campaneros y barrenderos; porque hay que saber que existen *perreros* de catedral con tres reales de sueldo, y sacristanes con real y medio.

Los porteros del palacio, los escribientes de las oficinas episcopales... ¡todos mejorados á estas horas!

Y si de aquí pasamos á otros centros, hallaremos seguramente que el obispo Laguarda está recorriendo los conventos soltando estas ó parecidas pláticas:

—Hermanas monjas: bien comprendéis la gran injusticia de hacer trabajar á las asiladas, cuyos gastos seáis de las limosnas, para quedaros con el importe de sus trabajos; con esto, primeramente habéis robado el trabajo á muchas hijas de familia, y segundo lleváis á las arcas del convento el fruto del trabajo de las acogidas á quienes por sarcasmo llamáis socorridas.

Esta injusticia es un crimen nefando ante Dios; desde este momento vamos á liquidar cuentas y á justipreciar lo que habéis sacado por este lado, usurpándolo á las *acogidas*, á quienes se va á restituir, sin lo cual desde mañana quedais excomulgadas y condenadas con Datan, Abirón y Judas el traidor.

Y á vosotras, jesuitas de la *Inmaculada* ¿qué os diré de vuestro negocio de criadas? Primeramente cobrais dos pesetas mensuales de los amos parroquianos de vuestra industria; pesetas que ellos quitan de la mensualidad de las sirvientas que les enviáis.

A las que tenéis en el convento las reventáis con el trabajo de lavado y planchado, que es una vergüenza, y las sometéis á una disciplina que les hace enviable la cárcel. Y el precio de su sudor... ¡en vuestros bolsillos! ¿Es esto cristiano? ¿Es rufianidad ó misericordia? Malditas seáis vosotras con vuestro dinero si inmediatamente no restituís á estos dueños los bienes defraudados.

—Y vosotros, jesuitas ¿qué diré de vuestros millones? Los sacáis de los ricos, pero harto sabéis que ellos los han sacado del pellejo de los pobres. Y ¿cómo tratáis á vuestros obreros? ¿Los tratan peor los judíos y los hombres sin ley y sin Dios? Y si los tratáis de igual modo ¿en qué os distinguís de ellos?

Y tú, *Correo Catalán* de mis entrañas ¿qué sueldos tienes para tus cajistas y redactores? ¿Los tratas mejor que á los suyos el *Diluvio* y *La Campana*? ¿Qué mayor compensación que los otros, has dado al maquinista que dejó la mano en la rotativa? Y si eres explotador como los

otros, y sin embargo te pones del lado de los obreros, y me reguís á mí, vuestro Pastor, en esta conversión, de tener es que, si no ajustamos nuestros actos á nuestras doctrinas, nos digan:

«Hipócritas y fariseos: vosotros mismos, con vuestras palabras, os condenáis en vuestras obras.

«Hipócritas y fariseos, que decís y no hacéis, demostrando con vuestra conducta que no creéis en vuestras enseñanzas.

«Hipócritas y fariseos que predicáis socialismo á los burgueses y vosotros sois los peores burgueses, que ponéis á rancho miserable á vuestros dependientes.

«Hipócritas y fariseos, que hacéis campaña pública en pro de los obreros, y en secreto vais á partir con sus explotadores el botín sacado de la injusticia que reconocéis.

\*\*\*

Y habiendo reunido á todo el clero diocesano, suponemos que á estas horas el obispo Laguarda le habrá dicho:

«Hermanos é hijos en Cristo: ¡Hemos pecado! Hemos estado ciegos ante nuestra maldad. Mirad de dónde hemos sacado los obispos nuestros palacios, nuestras joyas y nuestros automóviles... ¿De dónde? No del sudor de nuestra frente, sino del sudor de la frente ajena. De la Inquisición y del terror por ella inspirada; de los negocios de curia y secretaría; de las capellanías y obras pías; de los legados y testamentos; de la ignorancia y vanidad de los beatos... ¡Qué montón de embustes suponen estos montones de orol y qué montones de miserables víctimas suponen estos montones de embustes!...

Y lo peor es que el pueblo nos va conociendo ya; va ajustándonos las cuentas de nuestro sudor y de nuestra ganancia; va viendo que los *operarios del cielo* hemos dejado sin camisa á los de la tierra; que los practicadores del bien hemos sabido dejar en los huesos á los practicadores del mal; que los que vinimos al mundo predicando caridad y desprendimiento, hemos prendido con dedos de tenaza las riquezas todas... y ¡ya veis! vamos por las calles, y nos llaman vividores; llevamos coche, y los pobres enseñan á nuestros gordifrones caballos los brazos escualidos de sus criaturas...

¡O conversión ó condenación!

Cristo conquistó al mundo con su pobreza; nosotros con todos nuestros millones lo perdemos.

Estamos perdidos...

Y... ¿qué hacer, hermanos míos en Cristo? ¡Renunciaremos á nuestras rentas y á estos tescros, para abrazarnos á la desnuda cruz de Cristo?... ¿Repartiremos nuestros bienes, nos pondremos á trabajar con nuestras manos, renunciaremos el mundo y á sus vanidades, á sus salones y á sus fiestas, á los magnates y á sus banquetes?... ¿Qué harémos, hijos míos? Este es el camino del cielo... El otro es el camino del infierno... ¿á dónde vamos?...

¡Oh clero que estás rezando y al infierno vas saltando!...



¿No ha hecho ni dicho nada de esto el virtuosísimo, sapientísimo y cristianísimo señor Laguarda?

Pues, todo lo demás... ¡musical

R. MAYOL.

## Duda sin resolver

Hablando el jueves último con un querido amigo de Granada, hombre de gran ingenio, me expuso una duda que no acerté á resolver; la siguiente:

«A mi entender, en el padrenuestro se infiere una ofensa á Dios, me dijo; fíjese usted bien en esta frase: «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores», es decir, te pedimos que nos imites, que hagas lo que nosotros hemos hecho por nuestra propia iniciativa; que tomes ejemplo, tú, que eres perfecto, de nosotros, que somos imperfectos; en suma, que aprendas de nosotros lo que debes hacer en tus relaciones con nosotros, y que no es más que lo que nosotros hacemos con los demás, ya que no te has dignado enseñarnoslo de tu propia voluntad, sin duda por no habérselo ocurrido. Por mis que hago para explicarme el sentido de esa frase, no le halo otro que el ya dicho: una ofensa á Dios. ¿Puede usted sacarme de esta duda?»

—No, le respondí; entre otras razones, porque en las cosas de la Iglesia no veo nunca claro; no soy tan afortunado en esto como D. Quijote en explicarse aquello de: *la razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal modo mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra hermosura*. Pero tengo la seguridad de que algún teólogo habrá desentrañado tan diáfana y perfectamente el sentido de esa frase oscura, que la haga tan comprensible como los misterios de la Encarnación, de la Trinidad, etc., etc. Por lo tanto, no perdamos el tiempo en discutir esa frase, ni hagamos tampoco uso de la anterior: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*, porque realmente no es Dios quien nos proporciona el pan, sino nuestro trabajo; bien claramente se lo dijo á Adán al desahuciarle del Paraíso: *ganarás el pan con el sudor de tu frente*. Trabajemos, pues, cada uno en lo nuestro para que venga á nos el pan, única manera de que nos llegue, y cumpliremos así el mandato divino.

—¿De modo que, según eso, usted opina que no es absolutamente preciso rezar el padrenuestro para obtener el pan nuestro de cada día?

—Ni mucho menos.

—¿Y que no debemos preocuparnos de que lo del perdón de las deudas sea ofensa á Dios ó no lo sea?

—Lo mismo. La frase viene repitiéndose desde que se inventó el padrenuestro y nadie ha visto en ella ofensa para Dios, acaso porque tenga una explicación plausible, que ni usted ni yo alcanzamos. ¿Que no tiene explicación y que se repite rutinariamente sin fijarse en el contra-

sentido? Y á nosotros ¿qué? ¡Apenas si hay cosas que ignoramos para que vaya á preocuparnos una más! ¿Que la tiene, y á nosotros no ha llegado? Pues aguardemos tranquilamente á ver si llega, y entretanto procuremos hacer buenas digestiones, ya que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago, según decía D. Quijote, al que hoy me ha dado por citar.

Y rueda la bola.

## Me quedo á oscuras

El periódico *Luz y Taquígrafos*, órgano de la Juventud conservadora de Bilbao, se queja del proceder del magistral de Sevilla que está hoy al frente de la iglesia de Begoña, respetable sacerdote que no puede ver á los conservadores, ¡por liberales!, y que les reparte Hojas molestas al entrar á oír misa.

Aquí encajaría bien aquello de *cría cuervos*, pero lo dejaré para fijarme en esto otro, que me escama un poquito.

Dice el periódico que las *Hojitas* las reparte un *joven de faz angelical* (¡y!), de *mística pureza* (¡zap!) que el magistral dedica á esos nenes.

E insiste al final del artículo en lo de *angel* y en lo de *aspecto angelical*, añadiendo que estaría bien repartiendo las *Hojitas* con traje de *púrpura*, y que...

Le agradecería que hablase claro y me dijera á fundamento de qué insiste tanto en lo de las hechuras *querubinescas* del *botones episcopal de Begoña*, como también le llama.

Porque si fuese lo que rápidamente ha cruzado por mi imaginación, le contestaría yo á *Luz y Taquígrafos*:

«Pues apaga y vámonos.»

## De cara á la esclavitud

En España gozamos de unos estadistas que deben ser la admiración del mundo. Su política es rudimentaria. Lo que se le ocurrió al primer salvaje erigido en jefe de tribu ó de cuadrilla, eso se les ocurre á nuestros políticos. Con lo cual han resuelto el gran problema de gobernar sin necesidad de la cabeza.

La grandiosa idea de prevenir las futuras huelgas con la militarización de los servicios pertenece á esta categoría mental selvática, á la cual se suman las elementales cargas de la policía, las detenciones arbitrarias, las denuncias quisquillosas...

¿Por qué no militarizarlo todo?

Tenemos militarizada la justicia con la *Ley de jurisdicciones*. Eso no es más que un principio y un ensayo que mañana podrá extenderse á otros delitos y á otros órdenes de la vida.

No perderíamos nada y aun ganaríamos mucho con aplicar el procedimiento sumarisimo á toda suerte de hechos penales.

Y si á tal sistema añadíamos un inger-

to de santa Inquisición, habríamos realizado el sueño de los monarcas profesionales. Pongamos por ejemplo que los juzgados municipales se instalaran en la plaza de Oriente, alrededor del palacio. Las antecámaras que sirven de espera al público no necesitaban reforma: son dignas de cualquiera pueblo de Negería. Son, seguramente, hijas legítimas y sucesoras de los calabozos del Santo Oficio. En una habitación de seis metros en cuadro, se amontonan á las veces cincuenta ó más *ciudadanos*, ó si se quiere «contribuyentes», ó si se quiere «pecheros». Es el *pueblo español* convocado por la justicia del Estado á quien mantiene. A veces al señor juez municipal se le ha antojado quedarse una horita más en la cama, y allí tiene «aherrojado» y encalabozado al gran pueblo español; amontonados los tísicos con las nodrizas, respirando la señorita el vaho del alcohólico, y todos buscando en el humo del tabacazo un anestésico que insensibilice el olfato á la peste de la atmósfera convertida en oceano de microbios y de toda suerte de gérmenes morbosos.

Alemás aquellos cincuenta individuos suplen otros tantos destinos abandonados y otros tantos hogares: los hogares del *gran pueblo español*, conquistador de mundos y defensor del Trono celestial.

Por esto el Sr. juez se complace en mantener en expectativa aquella su corte. Son los feligreses de su parroquia y los clientes de su bufete.

Esas molestias se ahorraría el pueblo, militarizando y canonizando los tribunales. No habría necesidad de escribanos, ni de abogados á juntos: el acusador, el fiscal y el juez, que para el caso serviría un simple cabo.

La pena, habría de ser rudimentaria también: cien azotes y tantos ducados de multa para la regia cámara y gastos del verjugo. Y á cada minuto, veríamos salir de los templos aquellos á los condenados, á estilo del Santo Oficio, desnudos hasta la cintura, el verjugo hiriéndoles á vergajazos, y los gentiles hombres de boca y cámara contemplando la escena desde los balcones del palacio.

Después de militarizar la justicia ¿por qué no militarizar la religión? Aunque esto, bien mirado, ya lo tenemos á medio hacer. A un curruca cualquiera se le ocurre entrar en una orfebrería y comprar un cáliz y una campanilla; pasa luego á una sastrería religiosa y se calza la casulla y el roquete y se echa á la calle sonando la campanilla... Pues, amigo; todo el mundo de rodillas; desde el Presidente del Consejo al último barrendero.

Al público no le consta si es un clérigo ful ó legítimo; si en el copón lleva hostias ó no las lleva; si están ó no consagradas; si la consagración sirve ó no sirve para algo; ¿qué más da?... Boca abajo todo Cristo. Incluso el propio Cristo cuando vuelva á bajar á la tierra, según promete la Iglesia. Y cuando esto ocurra, como dicen que ha de ocurrir, de fijo que veremos al propio Cristo, con



toda su gloria y majestad, procesado por nuestros tribunales por desacato al culto católico.

Y así, poquito á poco, vamos yendo de cara á aquellos lindos tiempos de la esclavitud franca, hermosa, sin rebozo y sin tacha.

Militaricemos todos los oficios y profesiones, desde el arzobispo de Toledo al sereno del barrio, desde la abadesa de las Huelgas á la meretriz. Todos los oficios son públicos y de necesidad vital.

Una pequeña reforma habría que hacer luego en la duración del servicio militar, cuya medida incumbe tasar al Estado. Y debería fiarla desde los catorce á los setenta años. Con lo cual, quedaría rudimentariamente metada toda huelga en España, y repuesta en todo su vigor la esclavitud en sus mejores tiempos. Y sólo habríamos de preguntar:

—¿Qué oficio tienes?... digo... ¿á qué regimiento perteneces?

—Yc, al de zapateros. ¿Y tú?

—Yo, al de peluqueros.

Todo esto está muy requetebién. Es sabiamente político; infinitamente político. Son ideas dignas de un Wasingthon, de un Licurgo y de un Salomón. ¿Y pensar que á nadie, después de proscripta la esclavitud, se le haya ocurrido tan sabia medida!...

Solamente parece que este va á ser un nuevo grano añadido á la plaga de los que devoran el rostro de la gloriosa España, restauradora de todas las lepras.

Porque la militarización de este oficio, es un gravamen nuevo para dicho oficio: y si ya padecemos el mal del parasitismo, del profesionalismo, de la empleomanía, de la mendicidad y de la vagancia, este nuevo gravamen hará más aborrecible el oficio.

Aquí me parece oír al Padre Santo interrumpiéndome y diciendo:

—Mejor que mejor. Con esto los españoles se convencerán de que si quieren verse libres de la esclavitud, no les queda más camino que meterse fríales. La Santa Sede les hará libres y les pondrá á salvo de la autoridad del Estado. ¿No lo estais viendo? Mis frailecitos exentos de la milicia... Mis criminales respetados en los tribunales... Son los supranacionales.

R. MAYOL

## Un cura... curaza

El cardenal patriarca de Venecia publicó una pastoral condenando las exageraciones de la moda femenina.

Un párroco la interpretó á su modo, y, según *La Domenica del Corriere*, expulsó del templo, que se hallaba de bote en bote, á una bella joven, elegantemente vestida con una de esas faldas-tubos que acentúan las formas mas íntimas y ocultas de la mujer: sobre la cabeza lucía un amplio sombrero, rematado con un «prits» de plumas

El representante del que perdonó á la Magdalena envió á la joven un aviso para que se marchara; ella alegó que el templo de Dios era para todos, y se quedó.

Indignado el párroco se acercó á ella, y con ademán enérgico, rodeado de todos los fieles, le ordenó que saliera.

Fué una escena dramática y conmovedora; llorando de vergüenza, sin atreverse á lanzar una palabra de protesta, la elegante joven se dirigió con paso presuroso á la puerta de salida. Un murmullo extraño é indefinible la despidió.

Es posible que el buen párroco se escandalizase efectivamente: hay curas muy brutos y de muy mal gusto.

¿Mas no pudiera tal vez haber obedecido la expulsión, á la envidia que le causara el comparar aquella mujer tan hermosa y elegante con su ama, desgarbada, sucia y mal trajeada, con unos pantalones de á metro y un collar insoportable de fraile sudoroso?

¿No es posible que dijese, como el gitano del cuento: «esto es una mujer, y no aquella porquería que tengo en casa», y ante tan desagradable pensamiento se olvidara de que la virtud contraria al pecado de la envidia, es la caridad?

¡Vaya usted á saber! La psicología clerical tiene también sus fenómenos.

## Pendiente epiléptico

En la iglesia parroquial de San Pedro de Reus ocurrió hace poco un suceso que nadie acertó á explicar.

Una devota hizo observar al sacristán, á las seis de la mañana, que uno de los pendientes de la Virgen del Amor Hermoso, el de la oreja izquierda, oscilaba continuamente.

El sacristán subió al altar y paró con la mano el movimiento por tres veces y cada una de ellas el pendiente volvió á oscilar.

Se cortó un hilo eléctrico que pasaba por cerca el altar, por si podía ser causa del movimiento, y la alhaja continuó moviéndose.

Se cubrieron unas ventanas cuyas vidrieras son de colores, por si el reflejo podía motivar el fenómeno, y continuó la oscilación, la cual no paró en todo el día.

Ínútil es decir que todo Reus acudió á la Iglesia.

Ignoro en qué quedó la cosa y si el pendiente ha decidido por fin estarse quieto. Agradecería que me lo dijese algún amigo de allí.

## El "Har. kiri" de Zola

El llamamiento que este año hace la Asociación Emilio Zola, y que yo acabo de recibir, dice así:

«El 29 de Septiembre se ha cumplido diez años—¡diez años ya!— que Emilio Zola, herido como por un rayo, desapareció en plena gloria, en pleno combate...

Ninguno de nosotros ha olvidado la emoción profunda, extraordinaria, provocada por esta muerte, que puso de duelo á Francia y á la Humanidad y que dejó entre nosotros un vacío que no se ha llenado. Más que la desaparición de un hombre, esa muerte fué la abolición de una Fuerza, de un Elemento. Y nadie tampoco ha olvidado los grandiosos funerales, cuando el concurso extraño y popular, á través de un clorótico día de otoño, invadió el cementerio de Montmartre y cuando la palabra de Anatolio France se desgranó magníficamente.

«¡Diez años ya! Deber es para la Asociación Emilio Zola dar á este décimo aniversario la solemnidad que le corresponde y convidar todos sus amigos á la peregrinación de Medan, que este año será presidida por M. Paul Painlevé, el domingo 6 de Octubre.

»En las horas de teñidas en que vivimos, época de defalecimientos literarios y de inercia intelectual, sufriendo del envilecimiento de las conciencias, á través de una crisis moral y social que podría convertirse en crisis de un régimen, importa rebuscar entre las glorias del pasado ejemplos susceptibles de reavivar nuestro ideal, de despertar nuevas energías. El ejemplo y el recuerdo de Emilio Zola, recuerdo y ejemplo que traen á la memoria heroicos días de ardimiento y de belleza, son de aquellos que operan resurrecciones.»

\*\*

Al mismo tiempo que doy las gracias al Comité directivo por habernos invitado, á mí y mi familia, á la ceremonia del aniversario de Zola—ceremonia que el año próximo se efectuará en el Pantheon,—quiero contribuir á dicha solemnidad con estas humildes líneas en nombre del *Heraldo*, que tanto se distinguió defendiendo al Maestro cuando el defenderlo en Francia era un peligro...

A pesar de todas las calumnias que sus adversarios le han echado sobre la tumba, «el muerto está en pie». En pie está con su literatura, cuyos libros continúan vendiéndose, aunque en literatura, como en todo, hay modas y el naturalismo «hizo su tiempo y su camino». En pie está hoy mismo en el teatro con *Nana*, de cuya reaparición en el *Ambigu* ha dicho un crítico:

«Parece ser que este drama resultó audaz é inmortal cuando fué representado por primera vez. Actualmente *Nana* parece una pieza evangélica. Diríase escrita por un reverendo inglés, por un general Booth que la hubiese hecho para edificación de sus catecúmenos, ó más bien parece una serie de estampas, vivamente coloreadas por el estilo y el gusto de las de William Hogarth, para la moralización de las multitudes. El cielo castiga los pecados de *Nana* arrancándole su hijo y obligándole á morir de viruela. Las mamás deberían llevar sus hijas á ver *Nana* en el *Ambigu*».

Pero más aún que por todo eso Zola continúa en pie como ciudadano, como



cumplidor del deber cívico; porque más aún que por su genio literario merece bien de Francia y de la Humanidad por su carácter, por su sentido moral frente a una descomposición social, por su conciencia frente a la incoherencia general en un momento tortuoso de la historia de su país.

En estos días en que se elogia el rasgo de un Nogi abriéndose el vientre como homenaje a un emperador difunto, y para que un pueblo continúe en la ignorancia y en la esclavitud de creerle un ser semi-divino, por quien sus vasallos deben estar prontos a sacrificar la vida, en esta época de aplausos a imbéciles regresiones, hay que recordar el sacrificio de Zola.

\*\*\*

Híbasele consagrado pontífice de una escuela literaria, y a su casa de Medan llegaban constantemente peregrinaciones de toda Francia y aun del extranjero. Su nombre, glorioso y respetado, era universal. Su fama, gigantesca. Su fortuna pecuniaria, grande. Su tranquilidad personal, absoluta.

Y todo eso, y más todavía, lo echó al circo donde le esperaban las fieras del nacionalismo en aquel momento histórico, y que lo fueron desmenuzando rabiosamente, por defender la Justicia, por amparar el desvalido, por seguir, quijotesca, un impulso noble contra toda una opinión pública extraviada.

¡Liberales idiotas, que estáis con la boca abierta ante las tripas de Nogi! Ahí, en el recuerdo de Zola, tenéis el verdadero rasgo que admirar, el rasgo, porque más que perder físicamente la vida por un emperador es perder la buena reputación, el nombre, la gloria, la hacienda, la tranquilidad por un ideal de justicia.

Entre el harakiri de Nogi y el harakiri de Zola, este último es el primero.

LUIS BONAFOUX

(Heraldo.)

## Si yo tuviese fe...

Refiere *La Croix* que entre los peregrinos de Francia que fueron recientemente a Roma, había un joven de veintidós años, llamado Pierre Beaumont, que estaba sordo desde los dos años.

Ya en presencia de Su Santidad, y acompañado de su madre, pidió a Pío X rogara a Dios que le curase, a lo cual le dijo Su Santidad:

—¿Tenéis verdadera fe?

Mas como el joven no oía, contestó su madre por él:

—Sí, Santísimo Padre, la tiene.

Entonces Su Santidad, dándole con los dedos tres golpes en la cabeza, le dijo:

—Oye, oye, oy.

Y el joven recobró el oído, rompiendo a llorar de emoción y alegría.

Así lo ha referido el abate Garnier.

Al leer esa noticia, mejor dicho, ese malazo, he buscado y rebuscado en todos los rincones de mi corazón, para ver si en alguno había quedado trasapelado un adarve siquiera de fe, y nada; el vacío más absoluto.

Si llevo a encontrarla, me agrego de incógnito a la prieta peregrinación que hubiera ido a Roma, me presento al sucesor de los apóstoles, y le suplico que me ponga el oído en condiciones de sentir crecer la yerba, porque se me va quedando un poco tardo, a fuerza de oír rebuznos clericales.

Retorno a España, un poco pervertido, eso sí, por que no se pasan impunemente quince o veinte días entre la chusma nea, pero con el oído en condiciones de saborear a mi gusto los gritos de rabia que lanza contra mí la chusma clerical, sobre todo desle que me ocupo del carlismo.

Pero, ya lo he dicho, nada; ni una pizca, ni un átomo de fe conservo; el viento huracanado de la impiedad la ha barrido por completo de mi corazón, y ya sabemos que la fe, como la virginidad, no vuelve a hallarse una vez perdida; lo mismo que le pasa con la vergüenza a los niños.

Recomiendo por tanto a mis lectores que no pierdan la fe del todo, siquiera para tener alguna esperanza de poder curarse si su oído comienza a vacilar en su marcha ordenada.

## El fuego junto a la estopa...

En Schwidnitz (Silesia), el barón Von Pritzeiz Gaffron, propietario de un castillo, había adoptado una parienta suya, la baronesa Rosakirch, de veinte años de edad.

Como no era muy religioso, tenía a su lado un fraile joven para sus menesteres espirituales, y...

Como era consiguiente, un día desaparecieron la baronesa y el fraile, y...

Como no se sabe donde están, sospecha el buen barón si estarán juntos, y...

En fin, que encuentro muy natural el hecho, y me confirmo en mi antigua creencia de que la religión es el freno que contiene las pasiones; y que por varias razones no deben los barones con poner al lado de las baronesas varones con fe, y menos si han hecho voto de castidad, porque a lo me or llega el diablo y sopla.

## Entre col y col, lechuga

Lo que más entristece cuando se estudia a nuestro pueblo es considerar la admirable primera materia de pueblo que en él hay. Sus cualidades de carácter son excepcionales; el misterio de su supervivencia después de las catástrofes incesantes, un verdadero asombro. Quien le estudia le ama; se puede odiar a un alemán, dudar de

un francés, irritarse contra los tiosos hijo de la Inglaterra; al español hay que amarlo, *«hay que quererlo»*, como dicen los flamencos. Hasta en sus vicios más encanallados y universales, cuando ese pueblo parece enterrarse él mismo bajo su propia grosería y descomposición, entonces veis brillar algo que os llama la atención, un rasgo único, un diseño de temperamento como ningún pueblo de la tierra lo tiene. Por eso, cuando le sorprendéis, cuando descubrís entre tanta impureza y tanto escombros, ese rayo de luz entenebrece el alma en vez de iluminarla con resplandores de optimismo. ¿Por qué?... Yo ignoro por qué, yo sólo acuso el hecho. ¿Sueña uno con cierta España tan grande fundada en esas buenas cualidades, que al verlas tan abajo, tan en el fondo, sin que interesen a nadie, la compasión y la congoja dominan al observador!

Un hombre de Estado genialísimo habría de examinar minuciosamente provincia por provincia nuestra raza; y así como se han unificado religiosa, política y hasta otológicamente las naciones, así ese hombre de Estado unificaría el carácter ibérico en una sola voluntad y en un solo esfuerzo. Eso es posible y eso hace falta. Las naciones no tienen destinos providenciales que cumplir; si no progresan con elementos propios, se consumen en su propia esterilidad, y aun cuando importen del extranjero la riqueza, las leyes económicas son fatales, y a mercado invadido, mercancía señora. Las naciones, pues, amenazadas de ruina inminente, no tienen otro recurso que estudiarse, sorprender las buenas cualidades fundamentales que posean, desarrollarlas con rapidez y sobre seguro é imponerlas. Se puede tomar al extranjero todo, menos el carácter, el temperamento.

Por otra parte, el extranjero, que sabe bien el valor de esa originalidad, lo defiende bien y no vende de él sino los productos, guardando bajo siete llaves la fórmula. Los que creyeron necesario para la moralización de la Humanidad demostrar que nada hay más fatal que la idea Patria, equivocaron el concepto con el de frontera, se imaginaron que los montes de las divisorias fueron colocados por los países y confundieron el espíritu de la cuenca de un río con la Aduana y al indígena con el carabnero.

Si cada organismo dentro de la ley universal de unidad de constitución es independiente, diverso, autónomo y vario; si cada individuo, espiritualmente, dentro de una ley general de armonía psíquica, es un hombre, sólo él y nada más que él, la casa que habita ha de parecersele, la familia ha de inspirarse en él, ha de imprimir á las cosas con sus actos algo de su imagen, algo de su semejanza. Antes se estudiaba á la muchedumbre, ahora se estudia al hombre; antes los oradores deducían de la Historia Universal una ley, hoy se busca esa ley en el ambiente; antes se decía todos: ahora se dice uno. Conforme el cerebro humano va ampliando su ciencia positiva, comprende que es necesario particularizar. Es preciso amar á la Humanidad en el hombre. Los que gritaban y predicaron un amor al Universo, un comunismo naturalista, una igualdad absoluta, no habían soñado un siglo como el nuestro en el que las cuestiones se han ramificado y dificultado de tal manera, que la vida de un solo hombre ni para él mismo se basta. El hombre puede soñar lo que quiera, es libre, muy libre de hacerlo; pero al realizar un ensueño cualquiera por minúsculo que sea, vemos con estupor có-



mo se defienden las cosas y las personas. El obstáculo no es una nube; el problema no es un poema; la utopía es santa; mas la santidad ha de humanizarse, encogerse todo lo más posible, ver la manera de cultivar un pedazo solamente.

El triunfo es del que se ciñe, del que concreta, del que especifica. Todo el fracaso de los hombres de Estado españoles consistió en querer dar á su Patria una expansión colonial, un poder exterior. Los reyes de España eran reyes de España y sus Indias, y eso llenaba de gozo á los embajadores nuestros en las grandes potencias europeas. Entretanto el solar patrio, sin colonizar, quedaba erial, horrible; pelado y sin habitantes. El concepto de raza es cierto políticamente y debemos los jóvenes estudiar en él mucho, desenrañar de él los rasgos maestros, purificarlos y tremolarlos como bandera de salvación. Si hacemos una España hermosa, perfecta en lo posible, rica, sobria, una Suiza, unos Estados confederados sin otras pretensiones que el suelo y sus riquezas, ¿no os parece que hemos contrbuído al perfeccionamiento de la Humanidad más que negándonos como raza para ser humanos?... Pero esa raza hoy es un falansterio. Sepultada por siglos de fracasos, de palizas, de sangre y de fuego, esa estirpe grandiosa ha escondido sus tesoros de carácter en abismos. A veces chispean, á veces un terremoto de la conciencia popular ó el genio de un hombre los hace entrever, pero nada más. Parece que nadie quiere acordarse de ello ó los que se acuerdan se engañan con el espejismo y se creen en posesión de esos tesoros y nos dicen que en realidad no somos tan desgraciados. Lo somos por partida doble. Por serlo y porque pudiéramos dejar de serlo.

Esa posibilidad es la que entristece y la que dificulta una profunda labor de regeneración. Es más fácil despertar de su letargo de siglos á un país como la China, que desenterrar el genio de la raza española y decir por España que la hora es llegada. Las revoluciones se pueden negar, pero existen. Religiosas ó no religiosas, provocadas por las muchedumbres ó por los videntes, esas revoluciones son. Y en ellas es cuando se afirma el genio de una Raza. Todas tienen por objeto la economía, todas tienen por origen un desnivel económico y la necesidad de dinero, que es el trabajo acumulado, y en esa señal vemos sin grandes razonamientos que cambiando valores, violentando prerrogativas, deshaciendo ideas de imperialismo, pulverizando pruritos de hegemonías y predomios, es cuando la Raza se estudia y se ve como Raza. Necesitamos que España se vea, se observe á sí misma hasta con crueldad, para que pueda definirse como Nación y como carácter. Luego la labor de llevarla á la felicidad es un hermoso trabajo manual. Consiste en regar cuidadosamente las flores del temperamento, que ellas dan por fruto el genio en todas las ramas del espíritu y la fuerza y la belleza en las líneas del cuerpo. Vale la pena meditar en ello y ver si entre las coles cabe esa lechuga.

EUGENIO NOEL

## Alucinación

Mal ando ya: á lo mejor se va el santo al cielo. Oíase lo que me ocurrió la mañana del sábado.

Abro *El Radical* y leo esta noticia tal cual la copio:

### «NIÑA MORDIDA POR NEOS SALVADA POR UN PERRO

REUS, 11.—En una aldea del Ayuntamiento de Vilaseca un matrimonio salió de su casa á ocuparse en las faenas del campo, dejando abandonada, acostada en su cunita, á una niña de pocos meses.

La puerta de la casa quedó abierta, y por ella penetraron cuatro neos, que acometieron á la criatura.

Un perro pequeño que había quedado en la casa salió en defensa de la amenazada niña, merdiendo á los neos y lanzando aullidos lastimeros como si quisiese el fiel y valiente animal avisar del peligro que corría la vida de aquel angelito.

Los feroces neos insistían en devorar su presa, y el pequeño perro cada vez la defendía con más valor.

Varios vecnos, alarmados por los lastimeros aullidos del perrillo, penetraron en la casa, contemplando la feroz lucha que sostenía el can en defensa de la niña.

Es a no escapó ilesa de tan enorme peligro, pues recibió heridas en una mano.

Es comentada en la aldea la fidelidad del perrito salvador.—C.

Cuando me trajeron las pruebas á corregir, advertí que decía la noticia: *Niña mordida por cerdos*, y no por neos, como yo, alucinado, había leído.

Estuve por retarla; pero como ya estaba compuesta, la dejé, haciéndome esta reflexión:

«Bien mirado ¿qué más da? Cerdos y neos fueron siempre palabras sinónimas. Con advertir á mis lectores lo ocurrido, por si alguno creyere equivocadamente que debe salvar la errata, cuestión resuelta.

## El Papa pobre

Este año, según nos cuenta la prensa bien informada, el Padre Santo cerrará el ejercicio con un *superavit* de varios millones de liras, (pesetas).

¿Y pensar que la propia persona de Cristo, el predecesor del Papa en el título de Cesar y en el de Pontífice Máximo, fué tizada en treinta pesetejas... con vestido y sandalias!

Para dar una idea de la razón que existe para que el Vaticano cierre el actual ejercicio con millones de *superavit*, allá van unos cuantos números:

«Los bienes de la Santa Sede, según leo, están así constituidos:

1.º De los millones que hay depositados, contantes y sonantes, en cinco cajas, situadas en dos cámaras del Vaticano, una de ellas blindada, y ambas contiguas á la que ocupa Su Santidad. El solo conoce los valores que encierran, y ni aun el fiel monseñor Bresau, ni el factotum financiero del Vaticano, monseñor Mazzolini, han logrado saber la cantidad exacta.

2.º De 100 millones depositados en el Banco hebreo de Rothschild en París.

3.º De varios millones depositados en el Banco de Inglaterra.

4.º De las copiosas rentas que le pro-

ducen los bienes inmuebles que posee en varias naciones, de un modo especial en Austria y España. El Vaticano es uno de los más ricos propietarios de nuestro país; tanto, que necesita tener en ellos un administrador especial, que es el marqués de Cubas.

5.º De los muchos millones que resultaron de la venta de las propiedades inmuebles de los conventos, especialmente de los de monjas, según órdenes de la Santa Sede en 1909 y 1910, cantidades que fueron remitidas al Vaticano por conducto de los obispos respectivos, habiéndose prometido á sus dueños que se les daría un interés equitativo que no han visto.

6.º Del producto del óbolo de San Pedro, que oscila entre 5 y 6 millones todos los años.

Y 7.º De los 200 millones que, según el último inventario hecho por orden de Pío X, valen las joyas y objetos preciosos que se conservan en los guardarropas y almacenes del palacio pontifical. Aquí no figuran, como es natural, las obras de arte de los museos y galería apostólicas, ni la biblioteca, tapices, cuadros, bronce, etcétera etc., del Vaticano.

Leo también que ahora le ha dado á Pío X por las construcciones, y en poco tiempo ha gastado:

1.º Para el túnel bajo el Vaticano, liras 150.000.

2.º Para los dos grandes palacios que se construyen para los empleados y sus familias, 2 millones.

3.º Para la compra del antiguo edificio la Zecca Nazionale, 300.000 li. as.

4.º Para la compra del palacio del ex banco Romano, hoy oficinas y habitación del cardenal vicario de Roma, 2 millones.

5.º Para el gran seminario, ya en construcción, hay destinados 10 millones de liras.

6.º Para el futuro palacio del Cónclave hay destinadas 250.000 liras, que subirán el doble.

7.º Para la construcción de nuevos conventos de frailes y monjas y de nuevas parroquias, el Vaticano también ha empleado fuertes sumas, aunque no será porque haya escasez en Roma de tales edificios; hay 138 Órdenes de monjas, de las cuales la mayoría tienen más de un convento: 99 Órdenes de frailes con 172 conventos: los jesuitas solos, tienen siete casas en Roma.

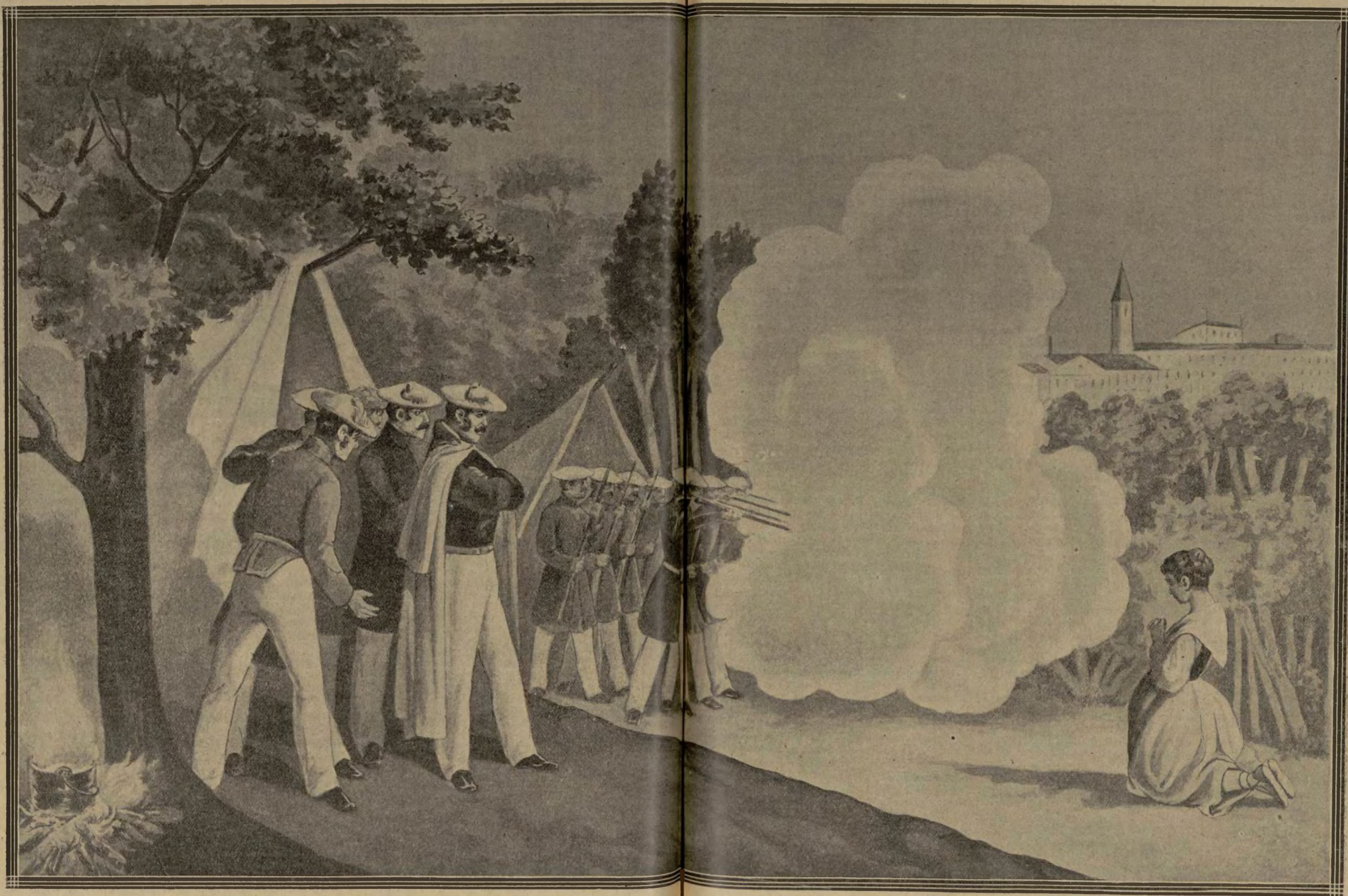
Apuntaaré ahora, como de pasada, lo mucho que se gasta el Papa en los Cuervos armados que guardan su persona: Guardia Suiza, Guardia Noble, etc. No hace mucho les cambiaron el antiguo armamento Remington por el moderno Mauser, en lo que se gastó una millonada, pues son cinco regimientos, á los cuales se ha dado nuevos trajes de campaña. A la Guardia Suiza se le ha cambiado el uniforme histórico que le diseñara Miguel Angel. El patio de Belvedere se ha transformado en plaza de armas.

Y dicho esto, reconozcamos sin pasión alguna que el grano aquí de mostaza de que habla el Evangelio cayó en buena tierra al ser sembrado, pues vaya si ha producido millones de millones de arrobas de oro á los representantes del que jamás llevó un denario en el bolsillo.

Y todo esto despreciando la riqueza, haciendo una virtud de la pobreza, y avecindando en el cielo á ciudadanos sin dos reales, pero con piojos.



# EL MOTIN



1837.—Fusilamiento, en Canavieja, de Joaquina Foz, embarazada de siete meses, por ser hermana de un sargento de nacionales de Beceite.

Ayuntamiento de Madrid



## EL CARLISMO DESENMASCARADO

La tarea de desenmascarar esa vergüenza de nuestra patria y de nuestra época, el carlismo, no sólo en beneficio de la libertad, sino en defensa del nacional decoro, me ha obligado á un análisis prolijo y minucioso de su política y sus hombres. Esto me ha proporcionado algunas sorpresas que han venido á comprobar lo que antes era en mí, como en la generalidad, una intuición.

Abundando en estas ideas, pudo escribir hace años un notable político:

«Si; cuanto más se estudia y se reflexiona, más crece el convencimiento de que el carlismo es una escoria que debe barrear á toda prisa por vergüenza, y de que el odio instintivo del pueblo hacia él está justificado.

Y ¿quién contribuye en primer término á esa prueba incontestable y decisiva que surge sin esfuerzo del examen histórico del carlismo? Sus mismos hombres, es decir, la parte sana de ellos; esa masa, no muy crecida, de ilusos, de personal de valía y de no escasos prestigios, que arrastrados por la pasión política ó impulsados por amargas decepciones, pusieron su espada ó su pluma al servicio del absolutismo, creyendo de buena fe en la bondad del sistema.

Todas las personas dignas que fueron equivocadamente al carlismo, tuvieron al cabo que confesar su error; y ya con actos públicos, ya con silencioso pero significativo apartamiento, demostraron y demuestran la incompatibilidad entre ellos y la causa á que sirvieron.

Lo mismo en la primera que en la segunda guerra civil, se encuentran iguales hechos é idénticos resultados. De un lado el representante de la llamada legitimidad entregado completamente á camarillas de hombres feroces, cubriendo con el manto de la religión todos los vicios y disculpando hipocritamente los innumerables y horrendos crímenes de gavillas de facinerosos que campaban al amparo de la protección real y clerical; de otro las personas de cultura que no podían transigir con la maldad, los militares acostumbrados á hacer la guerra de hombres, no de salvajes, y que al poner su espada al servicio de la causa carlista vieron con espanto que se les confundía, cuando no se les posponía en las altas esferas de la fingida corte, con los cobardes asesinos autores de tantas villanías, de tantos robos, de tantos crímenes.

Y estos elementos estuvieron siempre en lucha, lo mismo cuando la llamada legitimidad la personificaba el hermano de Fernando VII, que cuando la representó el protagonista del proceso del Toisón.

Amamantada nuestra generación en el odio al carlismo y á sus jefes, eran éstos indistintamente, a los ojos de la generación, responsables de las sangrientas batallas de aquellas guerras. Justo es reconocer que no todos las aprobaron ni las

toleraron: esta justicia avalora los testimonios que deponen en el proceso que hemos iniciado contra el carlismo.

Maroto, Urbiztondo, Cavañas, Eguía, Lassala, el mismo Zumalacárregui, en la primera guerra civil; Dorregaray, Lizarraga y otros en la segunda, y el mismo Cabrera que depuso ante la historia contra su propia causa.

Unos y otros demostraron que esa causa es incompatible con el decoro, la dignidad, el acierto, el orden, la moralidad, la honradez, la tranquilidad pública; y si, por mal entendidos respetos no volvieron sus armas contra ella, ofrecen con sus escritos ó con sus actos testimonio irrecusable de la maldad enarrollada en ese atrevido consorcio de todos los vicios con todas las iniquidades.

No vale rechazar testimonios de tanta valía, porque unos y otros llevaron su abnegación hasta el punto de pasar, sin serlo, por cómplices en lo que su conciencia rechazaba con horror; ni de parcial, porque Maroto y Urbiztondo, Zumalacárregui y Eguía luchaban entre sí, pero convenían todos en el desprecio á la persona de Carlos V, y en el odio á los crímenes cometidos en su nombre y con su nombre y con su bandera; ni de error en el juicio, porque quien lee las lamentaciones de los jefes de la primera guerra parece estar leyendo los clamores y censuras de los que recibieron por premio á sus servicios la ingratitude del nieto de D. Carlos en la segunda.

Cuando se fija el pensamiento en lo que éste es, se recuerda la descripción que de aquél hicieron sus mismos parciales, hasta el punto de que la una y la otra guerra, la una y la otra corte la una y la otra persona en quien se quiso encarnar la legitimidad morárquica, son y aparecen idénticas, salvo las naturales diferencias de tiempo y costumbres.

Los hombres sensatos que aún creen en ciertas antiguallas se exponían en adelante, como entonces, á someterse á los brutos? Los amantes de los prestigios de la realeza, ¿contribuirán á colocarlos en quien los desaceita? Los hombres de bien, ¿querrán alternar con criminal-s? Los militares ¿se resignarán á degradar su espada, convirtiéndola en amparadora de vil sa esinos, y todo para que al conducirlos como hombres de honor les persigan y los fusilen por traidores?

El día que la historia del carlismo llegue á todas partes, no habrá un español honrado que no lo excrete y leje de prestar su apoyo para exterminarlo.

Por esto he emprendido yo la tarea de divulgarla.

## Autopsia del carlismo por los carlistas

A los tres meses de haber nombrado rey á D. Carlos cuatro caballeros particulares en un hotel de Londres, uno de

ellos, el P. Maldonado, le escribía en 30 de Octubre de 1868:

«Pido á Dios con todas las veras de mi corazón que S. M. sepa ser digno caballero.»

¿Si estaría ya el hombre en autos de lo que el mozo era!

El penitenciario de Burgos, D. Tiburcio Rodríguez, en carta de 29 de Abril de 1869, fechada en Bayona, decía á un general carlista, que Chaveau Lagarde, 14 (la casa de D. Carlos en París) era el infierno, añadiendo:

«Y si ahora que este príncipe mal aconsejado, aspirante al trono, marcha tan torcido, ¿qué será cuando esté sentado en el trono? ¿Nos estaremos fabricando cadenas nosotros mismos, acaso más pesadas que en el reinado de Fernando VII?»

En 8 de Agosto siguiente, escribía:

«Los reyes mueren: ¡ojald que alguno ni hubiese nacido.»

En qué se emplearía y cómo el dinero que D. Carlos recibía, harlo lo indica la célebre frase de ese mismo penitenciario: «el dinero que va á París cae en un pozo sin fondo.»

Don Joaquín María Múzquiz, exdiputado carlista, dirige una carta á sus correligionarios, en que hay párrafos tan significativos como estos:

«Vascongados y navarros: es preciso romper las cadenas de los falsos ídolos que impiden y destruyen vuestros generosos esfuerzos. Caiga en cien pedruzcos deshecho ese ídolo de barro, que no tiene ojos para ver, ni oídos para oír. En cuatro años de obediencia sin límites, tras de cruentos sacrificios, á la vista de humillaciones sin cuento que aquejan á la patria, no ha llegado á ese Carlos VII el momento de mostrar una acción digna de la majestad que presume. Tan pocos como, que vuestra fierte, soldados de la abnegación y del heroísmo, ha sido manchada ante el país, cuando pide remedio, con sus profusiones de grados, honores y empleos.

¿Y para qué? Para daros el día del conflicto público ejemplo de deserción. Tuvisteis armas en el último movimiento, pero debidas á una Junta espontánea, á vuestro dinero, y á qu, á pesar de sus vivas instancias, no se le dijo ruca dónde estaban por temor de que en el acto se perdiesen. Al cabo de tres desistres, os ha dado un Oroquieta donde era menester un Covadonga. Es la noche de un día pasado para no volver, noche que se desvanece á la aurora del nuevo y grande día.»

Y de que conocían bien á D. Carlos cuantos le rodeaban, no cabe la menor duda.

Uno de ellos, el antiguo cabecilla don Juan Bautista Aguirre, decía en 1875 en una proclama á los navarros y vascos:

«Todos vosotros, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, habéis contribuido con vuestra fe, vuestro dinero y vuestra vida.



¿Para qué han servido tantos sacrificios? El país está arruinado y no habéis adelantado un sólo paso. *Un rey sin más ley que su voluntad, sin creencias religiosas, sin amor á la patria*, juzgando que es suya vuestra sangre, y que puede derramarla sin dar cuenta á Dios de ella, *haciendo del cuartel real una corte licenciosa y corrompida; unos ministros imbéciles ó miserables*; una influencia que ha sido siempre fatal para el partido, que enterró á Carlos V y Carlos VI, y que enterrará hasta vuestra honra con su refinada hipocresía y su taimada inercia: he aquí las causas de la esterilidad de vuestros esfuerzos.

«Os engañan, os fascinan y os retienen, porque mientras dura la guerra viven y gozan y se enriquecen. Contad los compañeros que yacen sepultados, los inútiles, los arruinados, las jóvenes perdidas, los caseros incendiados; buscad á vuestros antiguos jefes, y los veréis pospuestos, olvidados, escarnecidos. En dos años no se ha hecho más que agotar las fuerzas del país y poner de relieve la ineptitud y las iniquidades de un rey que ante Dios, ante el mundo y ante su partido, ha perdido su derecho y su corona. Peleando por él, vais contra Dios y contra la patria.

«Basta de guerra: Dios lo manda, la patria lo exige. Uníos á mí y á los que conmigo empuñan las armas, para buscar y desenmascarar los infames que han abusado de vuestra abnegación. Hagamos la paz, seamos hermanos, pero que sufran el castigo que merecen los que han derrochado los tesoros de fe, de sangre y de dinero que le hemos dado á manos llenas.»

¿Se quiere otra opinión irrefutable? Allá va la de D. Simeón Ferro, carlista de gran autoridad, publicada en *El Imparcial* del 24 de Julio de 1874:

«... pensaba que á ser carlista contribuía á disminuir y cicatrizar las heridas de nuestra desgraciada España; como vosotros aprendí que ser católico era seguir las sanas doctrinas de Jesucristo; ser enemigo del derramamiento de sangre; predicar la paz; practicar la caridad y amar á los demás como nuestros hermanos que son. Los periódicos de la comunión esto decían; los art culos y folletos del honrado Abarici y Guijarro así lo enseñaban; y hasta los manifiestos de D. Carlos esto mismo querían. Por eso vosotros y yo fuimos carlistas...»

Ha llegado empero el día en que los hechos hablan más alto y elocuentemente que las promesas vanas y los mentidos engaños. ¡Ciracuel! ¡Estellal! ¡Cuenca! ¡Olort...! Esos cuatro nombres, vergüenza del carlismo, deben bastar para que no quedé en las banderas de D. Carlos ni uno sólo de los hombres que sientan latir dentro de su pecho un corazón español.

Pues qué, ¿ha de ser lícito predicar el bien de la patria y fusilar á centenares de sus hijos más amados? Pues qué, ¿ha de ser posible mirar con indiferencia que se

llamen defensores de la religión, amparadores de sus ministros, hijos obedientes de la Iglesia, y después de esto llegue un día en que por el enorme delito de amparar, socorrer é interceder por sus semejantes, se le diga á uno de los más respetables, sabios y dignos príncipes de la Iglesia española: «Y tú da gracias de que no se haga contigo lo que con el otro?» ¡Y esto dicho por la mujer que se llama infanta de España!

Como partidarios de un sistema determinado de gobierno, no se puede estar unidos á los que destruyen, saquean, incendian y fusilan. Como católicos, no se puede seguir á los que, como medio para conseguir su fin, empuñan la guerra, aun cuando ésta fuese noble y caballerosa. Como españoles, no se puede estar con los que aniquilan la española tierra»

¿Hace falta alguna otra opinión autorizada? Léase la de Pavero, aquel marino que se pasó á don Carlos y fué su ayudante, y que dijo en un manifiesto al separarse de él:

«Yo mismo no sé lo que hubiera hecho si hubiese descubierto en D. Carlos otras condiciones distintas de las que tiene; si en vez de un joven lleno de vanidad que trata en el fondo con el más soberano desprecio á cuantas personas le rodean, hubiera visto un príncipe de corazón generoso y agradecido; si en vez de un príncipe que ha pospuesto todos los más sagrados intereses, como el triunfo de su causa y el porvenir de unas provincias y de unos hombres que tanto han sacrificado por él, á la tenacidad en el encono producido por una cuestión personal que lastima su orgullo, hubiera visto un corazón grande, que perdonando ó no perdonando la ofensa, sabía distinguir, sin embargo, entre lo que le correspondía hacer como rey y lo que deseaba hacer como hombre; si en vez, por último, de un príncipe voluble é impresionable que ha tomado el papel de rey como un pasatiempo y á los hombres que le rodean como miserables juguetes, que rompe ó arrincona con una ligereza increíble, hubiera visto un príncipe capaz de interesarse verdaderamente por el bien de España y capaz de comprender también que para que no monarca sea hoy también respetado, lo primero que tiene que hacer es aprender á respetar mucho. ¿Qué calificación dar si no á la separación de Donregiray del mando que ejercía en el Norte y á las razones que la motivaron?

¿Qué podrán decir don Hermenegildo Ceballos y el brigadier Caracuel, á quienes don Carlos mató de una pluma, haciendo puñalcar en *El Cuartel Real* un telegrama infamante?

La Europa había observado lo disparatado del sitio de Iruñ, y la vanidad del príncipe estaba herida; necesitaba víctimas; escogió esas dos como pudo escoger otras cualesquiera; y al averiguar la verdad, se encontró que Ciracuel no había estado en las operaciones, y que Ce-

vallos salió absuelto del terrible cargo de cobardía con que le había deshonrado.

¿Qué juzgar, por último, de un príncipe que llevando ya un año de campaña y debiendo por lo tanto saber algo de la Ordenanza, sentencia por sí mismo á recibir doscientos palcos á un oficial, que sólo se libra de ellos por la energía del coronel Calderón que mandaba la fuerza?

¿Acaso por haber sido yo nombrado su ayudante quedé convertido en un ser irracional, que, atado á su carro, no podía ya discurrir ni disponer de mi voluntad?

Yo no solicité ese destino; mientras lo desempeñé no recibí la menor gracia, á pesar de haber podido obtenerlas, si de ello me hubiera ocupado: le serví con lealtad, distinguiéndome de los demás que le rodeaban en que siempre le decía la verdad, aun á riesgo de incurrir en su desagrado.

Luché cuanto fué posible y sin descanso para inclinar su ánimo á soluciones que á su debido tiempo hubieran dado resultados muy distintos de los que ahora está tocando y acabará de tocar.

Una situación tan violenta, no podía ser interminable; además del convencimiento que había adquirido de que nada podía esperarse de las condiciones personales de D. Carlos, vi que con la proclamación de D. Alfonso y la resolución de Cabrera, la guerra había entrado ya en un periodo en el que sólo se luchaba por la satisfacción del amor propio, injustamente envuelto en el digno manto del honor militar ó del honor de las armas; como si pudiera haber honor militar, cuando entre hermanos se lucha sin esperanza, y sin más fin que el de destruir miserablemente á su patria.»

Cuando un hombre que dejó su alto empleo en la marina española para irse con D. Carlos hablaba así ¿cómo no estaría? ¿Cuánto no habría visto? ¿Qué infame no le parecía todo aquello? Porque en el caso suyo y en el alto puesto que ocupaba, se resiste mucho tiempo la tentación de hablar, por no confesar la equivocación padecida.

¿Parece poco aún? Allá va otra opinión.

El guerrillero Estartús, que se hizo famoso por sus combates en favor de Carlos V en la primera guerra, y que sirvió también en los comienzos de la segunda, dirigió en Septiembre del 75 una proclama «A los carlistas de buena fe», en la que se leían estos párrafos:

«Yo no quiero una guerra larga, ni quiero ser rey de un partido, había dicho D. Carlos á la faz del mundo; de lo que debía deducirse que al dar la orden del levantamiento, la daba en virtud de las promesas de las Juntas, que le decían, como á todos vosotros, que el pueblo se levantaría en masa, que tenía las armas necesarias, que no faltarian recursos y que contaba además con una gran parte del ejército.

«El tiempo ha demostrado que no podía hacerse otra cosa que la que desgra-



ciadamente se ha hecho; una guerra larga, que había de tener por resultado arruinar al país.

«Despertad, voluntarios; no escuchéis, no, á esos labrantes, que por no sacrificar una lámina del empréstito carlista, que tomaron como usura, sacrificarían al mundo entero.

Abandonad á esos cafres, á esos pejueros, que pisan á cada paso la bandera tres veces santa que en mal hora levantaron.»

Apena é indigna, después de leer esto, que miles y miles de españoles matasen y se dejaran matar por aquel hombre que en su vida tuvo un rasgo de valor ni un arranque digno.

Y la indignación sube de punto al ver que, excitados por curas, frailes, escritores sin convicciones y ambiciosos sin escrúpulos, haya todavía en España imbéciles dispuestos á reproducir la guerra en favor de D. Jaime, tan estúpido como su visabuelo y tan mamarracho como su padre.

## Degeneración del carlismo

Desde la primera á la segunda guerra el carlismo degeneró mucho en cuanto á la valía de sus hombres; en cuanto á su afán de rebar y á sus ansias por asesinar, allá se anduvieron; verdad es que esto constituye su esencia, su programa, sus procedimientos, sus principios y sus fines.

En corroboración de lo que digo, á continuación reproduzco el artículo que bajo el título *Los carlistas pasados y los presentes*, publicó el 5 de Septiembre de 1875 *El Diario de Barcelona*, periódico conservador:

«El carlismo no se ha presentado como un partido serio sino en el Norte, donde realmente ha revestido un carácter militar por su organización, político por sus tendencias, religioso por sus sentimientos; pero respecto á sus jefes, no tiene punto de comparación con lo que fué en la guerra civil de los siete años.

Tampoco en el Centro ha sido ni remotamente lo que fué bajo la dirección de Cabrera. El héroe del Maestrazgo ha sido en esta época un ente tan desdichado y ridículo como D. Pascual. El carlismo no ha llegado á tomar en el Centro carácter militar ni político, á pesar de los esfuerzos de Dorregaray, pues fué el sentimiento religioso más que otra cosa el que reunió en las escabrosas comarcas del Maestrazgo y del Bajo Aragón, esas masas informes é irregulares de hombres de distintas provincias, que no pudieron llegar á organizarse ni han sabido combatir, y que han abandonado su territorio á consecuencia de una persecución de ocho días.

En Cataluña puede decirse que el partido carlista beligerante no ha existido más que en nombre. Cuéntase, y lo refieren los periódicos, que fué al Norte

una comisión catalana para obtener de D. Carlos la anulación de ciertas medidas dictadas por Savalls. Después de oír á los comisionados el Preterdiente les dijo: «Señores, es inútil que yo resuelva este asunto, porque no sería obedecido. En Cataluña no existen fuerzas carlistas; no hay más que voluntarios de Savalls, de Tristany, de Mirer, etc.» Si esto es cierto, y lo será cuando nadie lo demuestre, es preciso reconocer que D. Carlos tenía una idea exacta de lo que eran sus partidarios en el Principado. Y la prueba de que esto es así, es que el Pretendiente no ha logrado hacer admitir á ningún jefe militar por los cabecillas de Cataluña. Savalls se deshizo sucesivamente de D. Alfonso, de los generales Planas y Velasco, mientras que Freixa, Adelantado y otros jefes procedentes del ejército tuvieron que abandonar el país después de pasar por mil humillaciones. El mismo Lizarraga, general en jefe del ejército carlista, se ha visto reducido al triste papel de gobernador de la Seo, en cuyos fuertes ha tenido que rendirse abandonado de todo el mundo y rodeado de una fuerza que hasta se negó á batirse.

Salvo los estudiantes y remeros de la guerra civil de los siete años, á quienes sus convicciones político religiosas pudieron llevar á las filas carlistas, la demás gente que componía el grueso de las facciones, eran, como hemos manifestado en artículos anteriores, criminales, desertores, prófugos y extranjeros, esto es, carlistas de ocasión y de conveniencia, adheridos al sueldo y aficionados al merodeo. Y formaba extraño contraste con sus costumbres vandálicas y su vida licenciosa ver á esas turbas de hombres sucios y andrajosos, rezar el rosario por los caminos ó formacos en las plazas de los pueblos, en presencia de cabecillas descreídos y de instintos tan feroces como Savalls, Castells, Mariano de la Coloma y otros; y escandal zaba oír á aquellos hombres, una vez deshecha la formación, pronunciar blasfemias tan horribles como las que se oían en los cuarteles y cuernos de guardia de los voluntarios de la República. Los laborantes carlistas encontraban aquí lo muy bueno y muy laudable, y lo citaban como un grande ejemplo que debía admirar el país, aun al día siguiente de las escenas de Granelers, mientras decían á las gentes que en los pueblos asistían á la misa de campaña de las tropas del gobierno, oída con ese religioso recogimiento, con la veneración y la fe que ha distinguido siempre al soldado es, año!, que aquella misa no les servía, porque los párrocos castrenses no debían considerarse como sacerdotes.

Sólo por el terror que han llegado á imponer á los pueblos los cabecillas carlistas y sus estratarios y ridículos comandantes de armas, podemos explicarnos esa cándida indiferencia con que aquellos han contemplado esas farsas, conociendo como conocían á las personas que las dirigían y viendo las costumbres y oyendo todos los días las palabras

ó presenciando los actos de los que pretendían ser los genuinos representantes de la religión.

La lección ha sido ruda, la experiencia costosa, el desenlace amargo para las comarcas que consintieron en servir de teatro á la guerra civil, y como las mismas causas producen siempre iguales efectos, los propietarios de los pueblos debieron compen en que los carlistas de 1872 eran los carlistas degenerados de 1834, 1848, 1855 y 1860, y que perdida aquella causa en 1840 por el abuelo, príncipe español, en los campos de Vergara, y por el tío, príncipe también español en 1860 en Udecona, no podía ser resucitada por un joven nacido y criado en país extranjero, que nada de común tenía con esta desdichada nación más que el recuerdo funesto de su familia y las tristes y sangrientas huellas que en pos de sí dejaron sus ambiciosos y tercos antecesores en los estériles esfuerzos que hicieron por sentarse en el trono de San Fernando, sustentando principios que no son de nuestra época.

En 1834, el estado de Europa era muy distinto del actual y eran también muy diferentes los hombres militares y civiles que abrazaron la bandera de don Carlos. Lo que no pudieron hacer triunfar con su apoyo moral las entonces potencias absolutistas de Europa, ni la espada de Zumalacárregui, del infante D. Sebastian, de Eguía, Zariategui, Gómez, Urbiztondo, Cabrera, Quilez, Serrador, Cabañero, el conde de España, y cien otros militares ilustres, no era posible que triunfase en 1872 con el auxilio del partido legitimista francés, y de los que le secundaron por odio á la república, y con reputaciones militares tan pobres como la de Martínez Víalet, el anciano Elio, Mendiri, Dorregaray, Lizarraga, Perula, D. Pascual Cucal, Savalls, Castell, Nasratty y Cagarehims, que debió á circunstancias de triste recordación, y no á su mérito, lo poco que han hecho en esta última algarada carlista.

Si los experimentados montañeses hubieran recordado todo esto y comparado cosas, fechas y hombres, hubieran discurredo con más juicio y lógica y no se hubieran dejado arrastrar á una lucha de tan funestas consecuencias como la que en la actualidad pesa tan directa y terriblemente sobre ellos.»

Teniendo ahora en cuenta que el carlismo ha degenerado desde 1876 acá, mucho más que degeneró desde 1840 á 1872; y que el D. Jaime es más insignificante aún que su papá; y que la turbamulta que le rodea vale infinitamente menos que la que figuraba en sus filas antes de comenzar la segunda guerra, calcúlese hasta dónde llegarían ahora si los liberales no los barriésemos desde el primer momento; pues sabido es que el hombre, mientras más ignorante ó degenerado, más se distingue por su inmoralidad y su crueldad.



## Los "requetés,"

Da grima y asco y furor, ver cómo á ciencia y conciencia de nuestras autordades se consiente á esa gran parte de la prensa pía, defensora de los *requetés*, ciertas procacidades de lenguaje que llegan á los límites de lo absurdo, de lo inconcebible.

Por casualidad ha llegado á nuestras manos un papel de la baja especie á que aludimos, cuyo nombre omitimos por no manchar las columnas de esta modesta, pero culta publicación.

En su primer artículo, hace una apología ardorosa de la religión católica, diciendo cosas muy lindas de Dios y la Virgen, del Papa y del Espíritu Santo. No discutimos este derecho, amantes como somos de la tolerancia y también de conceder los beneficios de la libertad, incluso para los enemigos del liberalismo.

Pero lo que nos subleva, lo que inclina nuestro ánimo á la rebeldía, lo que nos saca de quicio reviviendo en nosotros momentáneamente la fiera primitiva que las gentes de los *requetés* llevan siempre dentro de sí, es que en la Zaragoza del 5 de Marzo haya sectarios del tradicionalismo que escriban en letras de molde frases vergonzosas de un matonismo repugnante.

Y si tú, lector, crees que pudiéramos exagerar, á tu conciencia remitimos el siguiente *entrefilet* que copiamos íntegro:

«¡Canalla! ¡Cobarde! ¡Infame! ¡Impostor! Sí, canalla, cobarde, infame, hijo del Infierno; todo esto y mucho más es el cobarde y repugnante ser que con el seudónimo de «Un Mago», ha publicado un artículo contra los *requetés* en el periódico radical que se publica en Huesca, titulado *El Pueblo*.

Te retamos á que des el nombre; da la cara y te cortaremos la cabeza, ¡cobarde! ¡canalla! ¡infame!

«¿A que no vienes á decírnoslo aquí á Zaragoza en nuestra casa?

¡Correligionarios de Huesca! ¡Jaimistas aragoneses! Ya lo sabéis: hay un canalla asqueroso que ha insultado soezmente á los *requetés*.

¡No nos dejemos insultar! Buscad á ese canalla y sacarlo á la luz del sol, y ya sabéis después cuál es vuestra obligación.»

¿Qué te parece, lector?

Pues esto es gloria pura comparado con lo que sigue.

De otro *entrefilet*: «Jaimistas oscenses; aprender á manejar la estaca y la *browning*» (Quieren decir la *browning*).

Y luego, una invitación á los jaimistas para que imiten á sus correligionarios de Granollers; además de la obligada reseña de sus guardias y andanzas por esos campos de Dios y de D. Jaime de Borbón.

Después de lo transcripto, preguntamos: «¿Puede tolerarse en Zaragoza que haya gentes tan inciviles que deshonran el invento de Gutemberg, lo convierten en instrumento vil en el que descaradamente se haga la apología del asesinato?

¿Cómo lo consienten las autoridades?

¿Tan desmoralizadas están que sólo se atreven á encarcelar á los obreros y á los republicanos?

¿Qué dice el Ejército? ¿No se aplicarían las famosas leyes de excepción á los que oraran ensayarse en las barricadas? Luego, ¿por qué no hacer lo mismo con los que tienen el descoco de hacer manibras militares, guardias, ejercicios de tiro y otros excesos?

Y por último, á Zaragoza nos dirigimos; á la ciudad que fué cuna de las libertades hispanas; á los descendientes de aquellos héroes que en unas horas de combate supieron malbaratar la cobarde hazaña de Cabañero; á todos decimos: «Si las autoridades de Zaragoza no quieren evitar la deshonra que para la ciudad supone albergar en su seno un libelo que es escuela superior de matonismo, cumplamos nosotros con el deber de administrar justicia por nuestra cuenta, puesto que los encargados de esta misión, abandonaron al parecer sus funciones.

Y á esos degenerados que en sus escritos mezclan á Pío IX con la estaca y á Cristo con la *browning*, vamos á darles una lección, antes que por sus fechorías obliguen á las gentes civilizadas á recluirlas con la camisa de fuerza en una casa de orates.

¡Desdichados! Hay algo más fuerte que la *browning*: la dinamita. Hay algo más fuerte que la dinamita: el derecho y la razón.

Zaragoza.

*Ideal.*

El autor del artículo que ha hecho levantar el cuarto travero á los *requetés*, ha contestado así en el periódico de Huesca, *El Pueblo*:

«Oidme, *requetés*»

Yo, Gaspar Citoler Sesé, soy el autor del artículo publicado en este semanario con el título que encabeza estas líneas. Ya lo dije en el número anterior: me ratifico en cuanto dije:

Y vosotros, *requetés zaragozanos*, que sabéis insultar en vuestro débil órgano á *setenta y dos kilómetros* de distancia, sabedlo también; soy yo, Gaspar Citoler Sesé, quien os echo á la cara el lodo en que os movéis.

Lo hice una vez y lo haré ciento.

Oidme, *requetés*; sabedlo todos, jóvenes carlistas. No puedo despreciaros, porque os odio.

Tan arraigadas se hallan en mí estas ideas hacia vosotros, que ellas dan fuerza al latir de mi corazón y ellas mueven mi voluntad.

¡Os odio!

Y venid todos; asesínadme; atropelladme, si lo primero os parece mucho: ¡qué me importa! También aquí sabemos morir por la causa y sufrir el martirio.

Venid uno, diez, ciento... ¡qué me importa!

Con esto crecerá mi odio y vosotros podréis añadir un asesinato en la lista de vuestros *gloriosos* hechos.

UN MAGO

La juventud Rebelde oscense ha apro-

bado la conducta del compañero Citoler Sesé y la ha hecho suya por completo. «Sepa el ciudadano Citoler, ha dicho, que estamos y estaremos á su lado.»

Y el director de *El Pueblo* ha publicado á la vez este escrito:

### Por si acaso

Al Ex.mo. Sr. Gobernador civil

: de Huesca y su provincia : :

Excelentísimo señor: Yo ignoro si habrá llegado á manos de V. E. el número 19 del semanario jaimista *La Lucha*, que ve la luz en Zaragoza.

Este periódico arremete descaradamente, *chulescamente*, contra la redacción del semanario que dirijo, *El Pueblo*, que se publica en esta ciudad.

Quién más, quién menos de nosotros, saben lo que valen las ridículas amenazas de las huestes jaimistas, hechas siempre á muchos kilómetros de distancia y llevadas á la práctica al modo de San Felsu y Granollers.

De ahí que lo dicho por el semanario de Zaragoza *La Lucha* nos importe un bledo.

Pero llevan los *requetés* zaragozanos su entusiasmo bélico al extremo de aconsejar á sus correligionarios oscenses que observen, respecto á nosotros, la conducta seguida por sus colegas en Granollers; que hagan estudio preferente del manejo del cuchillo y la *browning*; que no aguarden las órdenes bélicas del elemento oficial del jaimismo aragonés, sino que obren por su cuenta propia; ofréncenle su *cooperación*.

Ni estos consejos ni los hechos que pudieran seguirse, nos arredran: de cerca oímos el silbar de las balas; hemos visto centellear en el aire los cívicos sables; conocemos en el tacto la caña del bambú, el freno de boj; sabemos á qué atenernos.

Despreciamos por ridículos los ataques de *La Lucha*; no queremos estrellar nuestras energías contra molinos de viento.

Pero si un día esos jaimistas zaragozanos vienen á Huesca; si envalentonados con nuestra prudencia llegan á insultarnos en nuestra casa, orgullosos sabremos cumplir con nuestro deber y defender *plomizamente* nuestro puesto.

Pues la Juventud Republicana Oscense tiene este sólo lema: «*Quien recibiere orden absoluta de conservar su puesto, á todo coste LO HARÁ*».

Ruego á V. E. admita estas manifestaciones, que á título de justificación ante probables hechos futuros, le comunica en nombre de sus correligionarios.

MANUEL CUBERO

¡Bien por todos los republicanos de Huesca!

Y apercibanse todos los de España para aplastar con el pie esas *gusaneras* de *asesinos* en estado de canuto.

## EDUCACION JESUITICA

Los reverendos Padres de la Inclita Compañía de Jesús sintieron siempre por la enseñanza una predilección especial. Los colegios dan á la Compañía influjo y dinero, mucho dinero, y le afianzan



su autoridad y dominio en las familias y en las generaciones futuras, que serán suyas por haberse formado en sus moldes bajo su égida protectora. Cada alumno de los jesuitas pudiera escribir, si para ello tuviera arranques, un libro análogo al que escribió Octavio Mirbeau, al de Pérez Avala; la inmensa mayoría opta por callar, acepta las teorías oblicuas de sus preceptores, las pone en práctica cuando puede, y a pesar del clamoreo universal de todos los tiempos, el magisterio jesuítico sigue y así se perpetúa y extiende el reinado... de la Compañía de Jesús.

Las dos cartas citadas en el artículo anterior están perfectamente justificadas al ver la semilla que los buenos Padres depositan en el alma juvenil de sus discípulos. Citemos algunos casos y opiniones.

El 3 de Marzo de 1759, el P. Mamachi, prefecto del colegio de Rouen, dictó a los colegiales los siguientes pensamientos para que los pusieran en verso: «Los crímenes que obtienen un feliz éxito forman á veces héroes; un crimen afortunado cesa de ser crimen. Aquel que Francia llama bandido, le llamará Alejandro, si sale airoso en su empresa. La fortuna hace culpables ó los absuelve á su capricho. El éxito da mérito al crimen, así como el fracaso se lo quita».

El Parlamento de Rouen juzgó estas ideas muy morales para la juventud, y el 2 de Abril de 1759 condenó al fuego estas cortas líneas. El P. Mamachi se disculpó diciendo que Séneca y Boileau habían dicho una cosa análoga, y nadie les había censurado.

Predicando en Caen en 1730 el Padre Tournomire dijo: «que no es cierto que el Evangelio fuera escritura santa, y que esto nadie lo podía probar.» El cardenal Borromeo, sucesor de San Carlos en la silla de Milán, expulsó á los jesuitas de los colegios de la diócesis en 1604 por las abominaciones que descubrió perpetradas por ellos en el de Braida. Según Scioppio, autor contemporáneo, prohibió á todos los que aspiraban al sacerdocio estudiar con ellos. En Malta fueron expulsados en 1648, por la gran corrupción que sembraron entre los jóvenes caballeros confiados á su dirección. El Gran Maestre de la orden descubrió cosas tan abominables, que no quiso en adelante ni oír que se le nombrasen los jesuitas.

Nadie ignora la oposición que la Universidad de París hizo siempre á los jesuitas, de un modo especial en 1565, 75 y 94; lo mismo sucedió con todas las Universidades de Europa; se pueden formar varios volúmenes con los alegatos que contra ellos hicieron los más famosos centros docentes, en los que se hallan frases tan duras, dicerios tan vehementes y apóstrofes tan violentos, que no se concibe cómo la Compañía ha podido ejercer el magisterio en lo sucesivo.

En 1758 el rey de Portugal decía lo siguiente en un edicto que hizo publicar en todo su reino: «Aun cuando poseyena un método diferente, no se debe con-

fiar á tales religiosos la instrucción ni la educación de la juventud, desde que una funesta experiencia ha demostrado, por hechos decisivos y no susceptibles de tergiversación alguna, que la doctrina que enseñan á los que frecuentan sus clases y escuelas no tiende sólo á la ruina de las artes y ciencias, sino á la de la religión y la monarquía... Por todas estas razones, quiero privar en absoluto á los dichos religiosos en todos mis reinos y señoríos, de los estudios públicos de los que ya había ordenado la suspensión; de suerte que, á partir del día de la publicación de este decreto, se tengan, como yo tengo en efecto, por extinguidas todas las clases y escuelas que les habían sido confiadas para instruir á nuestros súbditos y que al contrario no han producido más que los frutos más perniciosos y funestos. Abolimos estas clases y colegios como si jamás hubieran existido en nuestros reinos, en el que han causado crímenes tan enormes y escándalos tan afrentosos». A pesar de esto, volvieron los jesuitas á enseñar en Portugal, como en España, hasta que la República portuguesa los ha eliminado de nuevo en nuestros días.

La emperatriz y reina de Hungría, María Teresa, enterada en 1759 del método de enseñanza que usaban los jesuitas del colegio de Viena, dió un decreto dando al provincial de los jesuitas las órdenes más enérgicas y severas para que se cortase en absoluto la enseñanza de la doctrina regicida de Busembaum; y ordenó á todas las familias que tenían hijos en el colegio de nobles de Viena dirigido por los jesuitas á que los sacaran de allí inmediatamente, como se hizo. También prohibió que se leyeran y vendieran las obras de los jesuitas Lacroix, Tamburini, Gobat, etc. Al mismo tiempo destituyó á los jesuitas de las cátedras que tenían en la Universidad de Viena, y se las dió á los agustinos y dominicos.

En 1750, los jesuitas de Rouen que dirigían el seminario episcopal dieron en él un baile de espectáculo en que apareció el *Placer* reglamentando y dirigiendo á la educación. Por eso pudo decir muy bien Mr. Chalotair en *Essai sur l'éducation nationale*: «¿Cómo pensar que hombres que nada tienen que ver con el Estado, que ponen á un religioso sobre la patria, á su instituto sobre las leyes, pueden ser capaces de instruir y educar á la juventud?»

Sin embargo, la ceguedad de las familias, la vanidad ridícula que hace de buen tono el mandar los niños á los jesuitas han llenado de alumnos sus colegios, de los que salen los jóvenes con el alma y el cuerpo contaminados, como el *Sebastián Roch* de Mirbeau.

FRAY GERUNDIO

## Huir del peligro

El padre José de la Cruz, fraile del extinguido convento de Montariol, próxi-

mo á Braga, y misionero en las Colonias de Africa, de donde regresó recientemente, decía misa en la feligresía de Aguas Santas, cercana á Oporto, y el gobernador del obispado le retiró las licencias, alegando que había dejado de sufrir el examen acostumbrado.

El fraile se presentó en el obispado, insultó al gobernador, P. Antonio Joaquín Pereira, le golpeó y le apuntó con un revólver, y si no acuden los dependientes lo deja allí seco de un tiro; todo con arreglo á lo que se dispone en la virtud contraria al cuato pecado capital.

Aconsejo que cuando cualquiera persona decente vea acercársele un fraile ó un cura, tome las precauciones debidas, porque hoy esos respetables servidores del altar se disparan solos.

## El Catecismo y la Música

—Es inútil, amigo mío, lo que pretende—decía un caballero á otro hace pocos días en la Plaza de Oriente;—su chica de usted no puede ingresar en el Conservatorio.

—¿Cómo que no? Vaya si ingresará; es instruídita, conoce la gramática, un poco de historia, geografía, chapurrea el francés y en música va empollada.

—Eso no basta, amigo mío; le falta lo principal; el Catecismo; porque supongo que no se lo habrá usted enseñado.

—Ni se lo enseñaré; no quiero que pierda el tiempo en cosas inútiles.

—Pues si no ha estudiado esa inutilidad, no ingresa; porque ha de saber usted que para ingresar en el Conservatorio hay que saber los Mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, el Misterio de la Santísima Trinidad, los Sacramentos etc. etc.

—¿Pero está usted loco?

—Los locos serán los que así lo han determinado. No le quepa duda; para llegar á ser algo en música, hace falta saber el Credo y el Yo pecador.

—¿Pero qué tiene que ver la música con el Catecismo? Esa exigencia es ridícula.

—Y tanto que lo es. Y como falta, maldita la que puede hacer.

—¡Dichoso Catecismo! Yo no sé cuántos dioses hay y me he ganado la vida tocando el violín, y me han aplaudido y tengo fama de músico.

—Todo eso está muy bien; pero ¿cómo quiere usted cantar Poliuto sin saber el Credo; cómo *La Bruja* sin conocer el Padre Nuestro y la Salve, que se canta en tantas zarzuelas? Nada, nada; enseñe á su hija el Catecismo si quiere que aprenda música.

—No me conoce usted. ¿En qué se fundan para creer que para el ingreso hace falta el Catecismo? ¿Qué tiene que ver la religión con las notas?

—Ahí es nada; pues precisamente se fundan en que si no fuera por la religión no habría escala musical.



—No conozco más escala religiosa que la de Jacob.

—Hablo de la gama. Guido de Arezzo era fraile y él inventó las notas; y las notas esas las sacó de un versículo de San Juan que dice:

*Ut queant laxis resonare fibris  
Mira gestorum famuli tuorum  
Solve po luti lai ū reatum*

Sancte Ioannes;

conque ya ve usted si tienen o no razón esos señores para exigir el misterio de la Encarnación y todos los demás misterios.

—Pues me ha reventado usted.

—No, hombre; los que le han reventado á usted y revientan á todo bicho viviente son los señores esos clericales que se empeñan en que el Padre A'tete y Ripalda han de ser el texto fundament. l de toda sabiduría; ya sabe usted, *Timor Dei etcétera*.

—De manera que mi chica tiene que aprender el Catecismo si ha de ingresar en el Conservatorio y aprender á tocar el piano con sus diez dedos, que en esa santa casa se denominarán mandamientos. Esta bien; que aprenda la doctrina.

—¡Qué pronto se resigna usted!

—A la fuerza ahorcan; pero yo les aseguro que en cuanto la aprenda, ya me encargaré de enseñarle lo que es todo eso. Lo que siento es el tiempo que va á perder.

—¡Por vida del «Ave Maria... de Gounod!»

B. CUADRO

## Natural y corriente

Se ha repartido en Sevilla una *Hoja suelta*, suscrita por el concejal Sr. Lamedrid, refiriendo lo que pasa en el cementerio de San Fernando. Los párrafos siguientes son de ella:

«En la Sala capitular del Exmo. Ayuntamiento de Sevilla, con la solemnidad debida y en sesión pública denuncié el hecho, por mí personalmente comprobado, de que en el cementerio de San Fernando venían pastando algunos ganados.

No hace mucho tiempo que de aquél sagrado recinto fueron arrojadas unas cuantas gallinas y cabras que allí alimentaba el capellán del cementerio convertido en cortijo ó dehesa».....

«Confidencialmente se me denunció el hecho de que el indicado capellán había convertido de nuevo la mansión de los muertos en prado para alimentar sus ganados.

Quise comprobar personalmente la denuncia que se me hacía y pude convencerme de que durante la noche pastaba libremente en el cementerio un caballo que los empleados de aquella dependencia municipal me aseguraron era de la propiedad del mencionado capellán».....

«Y que nada se ha hecho para corregir el abuso lo demuestra el que á las cuaren-

ta y ocho horas de haber formulado mi denuncia, volví á sorprender el caballo del capellán pastando á sus anchas en el cementerio.

No es por mí por quien protesto de esta burla; protesto porque ofende la representación popular que ostento; protesto porque con ella se lastiman los sentimientos del pueblo».....

«Es verdaderamente bochornoso para el pueblo de Sevilla que el empleado que paga para rendir respetuoso culto á las cenizas de los muertos sea el que, en vez de preces y flores, lleve á las tumbas el estiércol de sus ganados, hollando sepulturas y profanando un lugar que en todas partes es mirado con profundo respeto y veneración.

Sébase también que en aquel sagrado recinto no hay más autoridad ni más ley que el capricho de un empleado que se burla de la Corporación de que depende y escarnece la religión que representa.»

Confieso que he procurado indignarme leyendo esos párrafos, y no lo he conseguido. «¡Eso es una profanación, un sacrilegio!», me decía. Y nada, ni por esas; me sigue pareciendo la cosa más natural del mundo; y hasta conveniente; y hasta ortodoxa.

La más natural, porque la fuente de ingresos mejor saneada y segura para los señores sacerdotes, son los muertos; y no sé por qué regla de tres han de poder añadir un cuarto de gallina á su olla trabajando por la salvación de sus almas, y no ha de serles permitido cebar sus gallinas en los gusanos de sus cuerpos.

La más conveniente, porque vale más que engorden sus ganados con la hermosa yerba que en los cementerios se cría, y que á nadie aprovecha, que se vean obligados á subir en quince ó veinte por ciento el precio de los sacramentos que administran, para comprarles el alimento que necesitan.

Y hasta más ortodoxa, por que los gusanos y la yerba que abundan en los campos *santos*, deben conservar parte de las sustancias que les dieron vida y lozanía, mucho más estando bendecida aquella tierra y abarrotada de cadáveres católicos; (no me atrevería á decir lo mismo si los cadáveres fueran de impíos ó herejes;) y por consiguiente algo de santidad alcanzará por asimilación á los que coman las carnes adquiridas por el ganado con esas yerbas.

Por estas razones, y otras que por brevedad omito, me guardaré muy bien de censurar á ese capellán del cementerio de San Fernando que lleva sus bichos á nutrirse con las yerbas santas del cementerio santo; antes me inclino á aplaudirle, por la lección que da á los que no sacan de la madre tierra todo el jugo que deben.

¿Que eso es una profanación y un sacrilegio, aunque yo lo niegue? ¡Bah! Cuando el cura, que por razón de oficio sabe lo que es eso no lo estima así, ¿voy yo, misero mortal y ayuno de la verdadera ciencia, que es la religiosa, á enmendarle la plana á ese capellán? No en mis días.

En cosas de Iglesia, los curas son los únicos competentes; y cuando ellos hablan, boca abajo todo el mundo.

Si no hay algún fraile cerca.

## Hojitas católicas

Copio de una:

«LA MANO SACRILEGA

En un pueblo del obispado de Barcelona vivía un hombre algo acomodado en bienes de fortuna, mas muy pobre de religión.

Por los años de 1872 ó 73, para burlarse de las cosas santas en los días de carnaval se disfrazó de obispo, y acompañado de dos adláteres como él paseaba gravemente por las calles, echando él bendiciones con la mano izquierda para mayor mofa.

Al poco tiempo fallecieron de desgracia sus compañeros. A él no le llegaba la camisa al cuerpo por el miedo de ser castigado. Así fué, mas para su bien. Habiendo ido un día á cazar, estaba hablando con sus compañeros y sin darse cuenta puso la mano izquierda encima del cañón de la escopeta. Sin saber cómo ni por qué, se le disparó y le destroza la mano izquierda, la misma que había usado para bendecir. Fué necesario amputársela.

Esto le abrió los ojos. Se confesó arrepentido y desde entonces fué el cristiano más ferviente de su pueblo. Era un constante predicador, y á los que no temían á Dios les mostraba en su brazo mocho una prueba auténtica de la Justicia y Misericordia del Señor.»

Esto servirá de escarmiento á los impíos que tengan el mal gusto de vestirse de obispos en Carnaval para no echar bendiciones con la mano izquierda, si no con la derecha, que es la indicada por la costumbre y la consagrada por la tradición.

Y les advierto que, si por distracción ó por mofa las echasen con la mano izquierda, deben abstenerse en adelante de la caza en absoluto; y si no pueden sustraerse á esta afición, que se guarden como de mearse en la cama de colocar la mano izquierda en el cañón de la escopeta, para no verse luego obligados á predicar con un brazo menos la justicia y la misericordia de Dios.

## CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.— Precio: 1 peseta.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñalada de ironías», todas por Nakena.



# Los Papas

POR

ROBERTO ROBERT

las más bellas páginas de la Iglesia militante, y que no contentos con la acción del hierro y el fuego, despedazaron con los dientes algunos cadáveres aún palpitantes, y sólo por servir á Dios comieron corazón humano, crudo y todo. á pesar de que, según costumbre, se les había dado el rancho temprano y nada solían comer tan á deshora.

El buen rey Carlos IX, que santa gloria haya, supo preservar de todo riesgo su real persona para bien de sus vasallos y gloria del Altísimo, pero contribuyó á la extirpación de la herejía, disparando desde una ventana del palacio del Louvre.

Provisto de un piadoso arcabuz, atisbaba á los herejes que corosamente se echaban al río para escapar nadando, y hacía fuego contra ellos, de tal modo, que cuando el iluso nadador quizá creía que se salvaba en pasando el agua, caía de un tiro en los profundos infiernos y se encontraba entre llamas eternas.

De esos chascos dió el rey cuantos pudo aquella noche, y como los herejes se fugaban sin haberse provisto del menor sacramento, no hay para qué ponderar la burla que les harían al verles llegar los demás condenados.

En cambio, la ventana desde la cual el rey disparó el arcabuz, aún hoy día la contempla poseído de las más graves y piadosas ideas el extranjero.

En cambio Gregorio XIII, Pontífice, dirigió la más satisfactoria felicitación al rey por el buen éxito de su empresa.

El cardenal de Montalto, hombre entrado en años, iba encorvado y se apoyaba en un bastón para andar.

Sus compañeros determinaron hacerle Papa, creyendo que para nada servía ya, es decir, para nada humano.

No le elegían, como por ejemplo se nombró después regente á Espartero, con la segunda intención de explotarle cada cual en favor de sus intereses: no, señor; fué porque le creyeron tan ajeno á lo mundano, que por fuerza había de trabajar muy bien tocante á lo divino.

El cardenal, empero, apenas vió que tenía en favor suyo la mitad de los votos, sin esperar el resultado final del escrutinio tiró la muleta, se irguió y se mostró muy tieso, ya fuese por milagro ya por reacción patológica, y se puso á

cantar un *Te Deum* sin guitarra ni nada; pero con una voz tan robusta, que en cualquier parte se podía ganar la vida con ella.

Se llamó Sixto V, y le dieron muchas pesadumbres los reyes: tuvo que reñir formalmente con Isabel y excomulgarle el reino después de haberse tomado la molestia de hacer un tratado secreto con ella; tuvo que excomulgar después al rey de Navarra y al príncipe de Condé para reanimar la tibia fe de los franceses, y en fin, pasó muchos disgustos.

Clemente VIII acreditó su nombre con un hecho que por sí sólo enaltece su magnanimidad hasta lo sumo.

Tenía motivos más que suficientes para castigar el mundano orgullo de Enrique IV de Francia, el cual tenía tan enojado á Dios, que no comía ni bebía, ni gastaba humor para nada.

Condenó, pues, el Papa al dicho rey, á que descalzo de pie y pierna se sirviese ir en persona á recibir un breve azotes y á confesar que al Pontífice debía la corona; pero porque mediaron algunas buenas almas, el Papa condescendió á que no hiciese el rey personalmente la penitencia y dió por desagraviado á Dios con que unos embajadores la hiciesen en lugar del rey.

Esta bellísima ceremonia se verificó en la iglesia de San Pedro de Roma, y es uno de los más memorables triunfos del poder espiritual sobre el vano poder de los príncipes terrenales.

Gregorio XV fué un continuo estímulo para que Luis XIII persiguiese á los protestantes; sustentó las guerras religiosas en Bohemia, y los esfuerzos que hizo para convertir á los herejes de Ginebra fueron extraordinarios.

Sólo cuando vió que sus fatigas eran inútiles, ordenó al duque de Saboya que les diese paz eterna: quiero decir, que los exterminase.

Urbano VIII no ha menester más que un recuerdo que eternice gloriosamente su nombre.

Bajo su Pontificado la Inquisición obligó al viejo Galileo á que declarase que la tierra no daba vueltas.

Dios acabó de castigar el orgullo del presunto sabio haciendo rodar desde entonces el globo, como lo prueba un texto latino de Fray José M. Quintana, que traducida al español viene á significar:

*«Y el globo en tanto sin cesar navega por la región inmensa del vacío.»*

Sentimos mucho llegar á un punto lamentable para un corazón verdaderamente religioso.

La pluma se nos cae de la mano...

Sólo el amor á la verdad puede imponernos el duro sacrificio...

Pero la fidelidad histórica es antes que nuestras afecciones... etc.

Hechas todas las s lvedades de cajón, digo que Clemente IX deja algo que de-sear; tiene en su vida ciertos lunares, incurrió en algunos errores... vamos, no fué un Papa *comme il faut*.

Llámanle los impíos hombre de ánimo levantado, de saber prodigioso; jellos que no creen en prodigio; ensalzánle como fomentador de las artes (que son todo vanidad); celébranle porque recompensó á los sabios, sin ver que la verdadera sabiduría es el temor de Dios.

Pero aun hay más:

Ábanle porque disminuyó las contribuciones, dejando en manos profanas el oro corruptor que sólo debería estar en manos del vicario de Cristo para gloria y esplendor de la Iglesia: poderánle porque empleó sus tesoros en socorrer á los venecianos y candiotas contra los infieles...

¡Ah ciegos!  
¿Exige por ventura la pureza del dogma que los sabios coman pavo trufado ni que los artistas lleven camisa limpia?  
¿Qué auge ni qué medros rec be, cobra ó adquiere el misterio de la Santísima Trinidad porque el pecaminoso contribuyente pueda vanagloriarse á fin de año de tener cien reales más para satisfacer necesidades materiales?

Los fieles lamentan con razón que un Pontífice haya cometido desaciertos bastantes para merecer alabanzas de los impíos, y lamentan sobre todo que Clemente IX, desmintiendo su nombre, suprimiese las órdenes religiosas y lanzara su excomunión sobre los jesuitas.

Tres años reinó tan sólo: este es nuestro consuelo único, y nos inclinamos á creer que la justicia divina no quiso que se prolongase el imperio de un Vicario de Cristo tan irregular.

Hemos dicho mal: no es único este consuelo; tenemos otro, y es que Papas como Clemente IX no menciona ninguno la historia, y un individuo solo no puede manchar el buen nombre de la jerarquía más elevada de la tierra.

Inocencio XI reanimó el sacrosanto encono contra los calvinistas.

Testimonio de aquella divina animosidad fueron los templos demolidos, las ciudades arrasadas, cuyos estragos parecían proclamar la gloria del eterno.

(Continuad)

IMPRENTA DOMINGO BLANCO — LIBERTAD 31